EL AGENTE DE LOS TEATROS.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS,

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

EL PARAISO PERDIDO.



PUNTOS DE VENTA.

En Madrid.

Librerías de Cuesta, calle Mayor; de Bailly-Bailliere, calle del Príncipe.

En provincias.

En casa de los comisionados del AGENTE DE LOS TEATROS.

COMISIONADOS DE LA ADMIMISTRACION DE AUTORES DRAMÁTICOS Y LÍRICOS.

Adra	F. A. Robles.
Albacete	J. Perez.
Alcoy	J. Cort y Claur.
Algeciras	R. Muro.
Alicante	A. Lloret.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería	L. Iribarne.
Andújar	D. Caracuel.
Antequera	J. M. Casaus.
Aranda	M. M. Fontenebro.
Aranjuez	J. M. de Prado.
Avila	S. Lopez Hernandez.
Badajoz	G. Orduña.
Baeza	C. Areviño.
Barbastro	M. Ferraz.
Barcelona	A. Saavedra.
Béjar	M. Illan.
Bilbao	J. Fernandez.
Búrgos	T. Arnaiz.
Cáceres	J. Valiente.
Cádiz	Viuda de Moraleda.
Calatayud	F. Molina.
Carmona	J. M. Moreno.
Cartagena	J. Pedreño.
Castellon	I. Gutierrez.
Ceuta	J. Molina é Ibañez.
Ciudad-Real	Viuda de Gallego.
Córdoba	R. Arroyo.
Coruña	J. Lago.
Cuenca	P. Mariana.
Daimiel	R. G. Camarena.
Ecija	Jimenez.
Ferrol	J. Lago.
Figueras	J. Conte Lacorte.
Gerona	F. Dorca.
Gijon	J. Cuesta.
Granada	J. M. Fuensalida.
Guadalajara	F. Sanchez.
Habana	Charlain y Fernandez
Huelva	J. V. de Ossorno.
Huesca	M. Guillen.
Jaen	J. Lopez.
Jerez	F. Alvarez y Aranda.
Leon	M. G. Redondo.
Lérida	M. de Zara y Suarez.
Linares	C. Treviño.
Logroño	C. Verdejo.
Lorca	A. Gomez.
Lugo	M. Pujol y Macía.
Mahon	P. Vinent.
Málaga	E. Cañavatte.
Mataró	J. Abadal.
Medina del Campo	C. Cruz.
Murcia	T. Guerra.
Ocaña	V. Calvillo.
Orense	J. R. Perez.
Orihuela	J. Bonet.
Oviedo	B. Longoria.
Palencia	G. Camazon.
Palma	C. Pascual.
Pamplona	J. de los Rios y Barrera.
Pontevedra	M. Verea y Vila.
Puerto de Santa María	J. Valderrama.
Reus	J. B. Vidal.
Rivadeo	F. Fernandez Torres.
Ronda	R. Gutierrez.
Salamanca	T. Oliva.
San Lorenzo	P. Catalina de Velasco.
Sanlúcar	J. M. Villar.
Santa Cruz de Tenerife	P. M. Ramirez.
Santander	P. Basañez.
San Sebastian	I. R. Baroja.
Santiago	B. Escribano.
San Fernando	J. Tellez de Meneses
Segovia	C. Alejandro.
Sevilla	F. Alvarez y comp.ª
Soria	F. Perez Rioja.
Tarazona	P. Veraton.
Tarragona	J. Pujol.
Teruel	V. Castillo.
Trujillo	S. Bravo.
Toledo	F. Hernandez.
Toro	A. Rodriguez Tejedor
Tudela	M. Izalzu.
Torrevieja	A. Vela.
Valencia	F. P Navarro.
Valladolid	A. Gutierrez.
Vigo	J. M. Chao.
Villanueva y Geltrú	M. Beltran.
Ubeda	C. Treviño.
Vitoria	S. Hidalgo.
Zafra	A. Oquet.
Zamora	M. Conde.
Zaragoza	M. Diaz.

EL PARAISO PERDIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. ENRIQUE DE CISNEROS.

Estrenada el 27 de junio de 1857 en el teatro del Circo, á beneficio de D. Joaquin Arjona, primer actor y director de escena.



Madrid.—1857.
Imp. de la Revista de caminos de hierro, a cargo de S. Baz.
Arco de Sta. María, 39, cto. bajo.

A LA SEÑORA

DOÑA MARIA MANUELA DE NUEVAS Y COTIELLA

dedica esta obra, en señal de cariño y respeto,

su hijo,

Enrique de Cisneros y Nuevas.

PERSONAS.	ACTORES.
INES.	Doña Teodora Lamadrid.
D. LUIS.	D. Julian Romea.
D. PEDRO.	D. Joaquin Arjona.
D. JUAN.	D. Florencio Romea.
BELTRAN.	D. José Alisedo.
EL BARON DE PINTO. .	D. N. Morales.
D. DIEGO.	D. N. Cubas.
D. ALFONSO.	D. N. Laplana.
SILVERIO.	D. N. Serrano.
ANA.	Doña N. Lopez.
Acompañamiento.	

La escena es en Portugal: el primer acto en las cercanías de Aveiro y los dos restantes en Lisboa.

Madrid 19 de junio de 1857.=Puede concederse licencia para la representacion de esta comedia.=El Censor, Pablo Yañez.=Real órden de 19 de junio de 1857.=Conforme con el dictámen del censor.=*Hay una rúbrica y un sello.*

ACTO PRIMERO.

Patio de una casa de campo.—Verja alta en el fondo con puerta en su centro: detras un jardin con alameda.—A la derecha del actor dos puertas.—A la izquierda un pabellon, al cual se sube por una graderia con balaustrada: en el costado de este pabellon, que mira al público, una ventana con tiestos de flores.—Bancos de piedra debajo de la ventana, y á los lados de las dos puertas de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

D. JUAN, *sentado á la izquierda del proscenio, y ocupado en hacer una escala de cuerda.* D. LUIS, *de pié, examinando la manufactura de Juan.* INES, *cosiendo junto á la puerta primera de la derecha.*

LUIS. Esos nudos en firme! Los cabos dentro de las madrinas!

JUAN. (*Llevándose un dedo á la boca.*) Ay!

LUIS. Te estropeas las manos? Mejor! A bien que no tienes que lucirlas como una damisela.

JUAN. Qué he de lucir, si en cada escalon me he dejado medio dedo!

LUIS. Eso no es de tu incumbencia. Despacha la tarea en la cual has invertido ya dos horas mortales, y no te apures por dedo mas ó menos.

JUAN. Yo no he hecho escalas en mi vida, y así no debes estrañar mi torpeza; ya te lo dije cuando me mandaste hacer esta. Pero dime, Luis; qué uso vas á dar á mi artefacto?

LUIS. El uso... de una escala.

JUAN. Claro está! Sin embargo, como á tí no puede servirte de nada, supongo que la destinas á alguno de los buques surtos en la bahía.

LUIS. Lo has acertado: voy á regalarsela al capitan de la polacra *Aminta*, que, como sabes, me ha traido de Lisboa algunos libros y periódicos. (*Al oido de Juan en voz baja.*) Eso dirás, si te sorprenden los viejos en la faena.

JUAN. Con que es mentira?

LUIS. Chis!

INES. (Ni una palabra de consuelo!.. Ni una mirada afectuosa!.. Luis no es ya el mismo!) (*Se enjuga una lágrima, y sigue cosiendo.*)

LUIS. Ensaya los escalones, Juan; y sobre todo, date prisa. (*Volviéndose á la derecha.*) Oye, Inesita.

INES. (*Alzando los ojos con alegría.*) Ah!..

LUIS. Sabes á punto fijo donde está mi padre?

INES. Señorito Luis, su padre de usted y el mio creo que están en el escritorio revisando las cuentas de la labranza.

LUIS. (Bueno: va largo!) (*Acercándose á Inés.*) Serán las que tu padre, como capataz, rinde todos los meses.

INES. Sí, señor... (*En voz baja.*) Luis, escucha una palabra.

LUIS. (*Con disgusto.*) (No hay manera de verme libre!..) Di pronto lo que quieras.

INES. Te cansan mis súplicas!.. Bien lo veo!

LUIS. No, Inés; pero estando Juan delante!.. Vamos, habla.

(*Inés se enjuga las lágrimas: Luis hace un brusco movimiento de impaciencia, luego se vuelve de espaldas á Inés, y se vá á donde está Juan.*)

INES. (*Con los ojos bajos sin apercibirse de la marcha de Luis.*) Ya sabes, Luis de mi vida... (*Nota la retirada de su interlocutor.*) (Se fué!.. Ingrato!.. Señor, qué va á ser de mí?) (*Cúbrese el rostro con las manos.*)

LUIS. (*A Juan.*) No acabarás, hombre?

JUAN. Ya voy; solo me faltan seis cabos. Es tan larga la maldita!.. Bien pudiera servir para bajar desde el terrado al huerto.

LUIS. (*Alarmado.*) Eh, qué dices?.. Vaya un desatino! Para eso sería menester que fuese doble.

JUAN. Doble? Te digo que alcanza y sobra.

LUIS. (*Cojiéndole á Juan un pellizco en el brazo derecho.*) Pues yo te aseguro que no!

JUAN. Ay!.. tienes razon. No habia yo calculado...

INES. (*Dejando la costura, y levantándose.*) (Es preciso... Esta conferencia no puede aplazarse mas!) (*Se dirige á la izquierda. En voz baja, y con timidez.*) Luis?

LUIS. (*Sorprendido.*) (Por vida!..)

INES. Atiende, ven acá. (*Le toma una mano.*)

LUIS. (*Dando algunos pasos con Inés hácia la derecha.*) Cómo quieres que en presencia de Juanito?... Imposible! (*Vuelve la espalda á Inés y dirige á Juan la palabra.*) Ese nudo mejor hecho. Aprieta, aprieta! (*A Inés, sintiendo que esta le estrecha la mano.*) No te digo á tí!

INES. (*Volviéndose á su puesto.*) Ah, qué desengaño!..

LUIS. (*Con despecho.*) (Esta Inesita me vá á perder!) (*Se acerca á ella.*) Dime lo que quieras: dispon de mi...

INES. Me oirás sin impaciencia?

LUIS. Con infinito placer!

INES. Pues ven acá, siéntate á mi lado.

JUAN. (Pobres amantes!... Se figuran que yo estoy en bábia.)

(*Inés y Luis se sientan junto á la puerta primera de la derecha.*)

LUIS. ¿Qué me quieres decir?

INES. Lo que tu corazon, si me amas, te estará insinuando de contínuo; lo que tu conciencia, si no me amas, te estará diciendo á voces!

LUIS. Por Dios, Inesita!...

INES. Qué trasformacion es esta? Qué ha sido de aquel Luis tan tierno y enamorado, sombra mia en casa, en la alameda, en la orilla del mar, en todas partes; aquel que interrumpia mis juegos y mis oraciones con sus discursos de amor y sus juramentos no cumplidos? Entonces yo era la desdeñosa; yo la que cortaba nuestras peligrosas conversaciones; yo la que huia de tí, sin ver que te llevaba dentro del alma! Hoy todo ha cambiado!...

LUIS. No lo creas.

INES. Hazme patente mi error, cumpliendo tus promesas. El momento ha llegado,.. Mi situacion no puede ser mas desesperada!

LUIS. No dudes que yo!... Pero hay obstáculos, que no se allanan fácilmente... La diferencia de clase...

INES. «El amor nos iguala á todos.» Ah, engañador! Asi me decias, cuando yo buscaba en mi condicion humilde el amparo de mi honra!

LUIS. No hablo por mí, Inesita! Si yo fuese dueño de mi alvedrío, ya te hubiera entregado mi mano; pero mi padre...

INES. Tu padre es la bondad suma; quiere mucho al mio, y me llama su hija. Si tú le revelas mi desgracia, estoy segura de que no se la annunciará á mi padre hasta que la haya convertido en una noticia venturosa!

LUIS. El arreglo no es tan fácil como lo pintas. Sin embargo, le hablaré á mi padre...

INES. Le habláras?

LUIS. Te lo prometo; pero déjame disponer de un par de dias,

déjame buscar la ocasion mas oportuna. Sobre todo te suplico que no me sigas á todas partes, que no me hables al oido, que no llores mas!... Mira por tu honra, Inés.

INES. Mira tú por ella!

LUIS. No desconfies...

INES. No, Luis, ya estoy tranquila. Perdoname por haber dudado de tu lealtad! En mi angustioso estado ese temor es tan disculpable!... Pero no pensemos mas en eso. Me has devuelto la vida, y yo te la consagro juntamente con mi amor y con todos mis pensamientos!

LUIS. Nada tienes que agradecerme.

INES. Pues no? Los fugaces dias de nuestra ventura vuelven para no desaparecer jamás! En prueba de que así lo creo, voy, Luis mio, al jardin á cortar el ramo de flores, que yo tenia costumbre de poner todas las tardes en la ventana de tu dormitorio. El último que dejé allí, está deshojado y marchito!... Como mi corazon, hace un instante!... (*Se levanta.*) Refléjese en todas partes la alegría, que tu has impreso en mi alma!

LUIS. (*Besándola una mano.*) Encantadora criatura!

INES. Adios, Luis mio!

(*Váse Inés por la puerta del fondo, volviendo el rostro, y saludando á Luis, hasta que se pierde entre los árboles.*)

LUIS. (Pobre niña!... El último beso, lo juro! No mas paradas en mi camino!)

JUAN. Finis coronat opus! La escala está concluida. (*Se levanta.*)

LUIS. A buen tiempo! Aquí vienen mi padre y Beltran. (*Puerta del pabellon.*) Escóndela en el granero, y vuelve acá.

(*Váse Juan precipitadamente por la puerta segunda de la derecha, llevándose la escala enrollada.*)

ESCENA II.

D. LUIS. DON PEDRO *y* BELTRAN, *por la puerta de la izquierda. Despues* D. JUAN.

PEDRO. Guarda esos papeles, y no me rompas la cabeza!

BELTRAN. Pero, señor, estas formalidades son necesarias...

PEDRO. Nada! como vuelvas á traerme cuentas, las haré añicos. Hace veinte años que administras mis haciendas con un celo y una probidad, que no tienen ejemplo; todo cuanto poseo lo debo á tu cuidado. Y me rindes cuentas, cuando podias exigírmelas si quisieras!

BELTRAN. Calle usted, señor D. Pedro!

Luis. (*Acercándose á D. Pedro.*) Buenas tardes, padre mio.

Pedro. Estabas ahí? Buenas tardes, hijo. Si no tienes que hacer me darás tu brazo, é iremos á ver la fuente nueva de la alameda.

Luis. Dispénseme usted... Hoy no puedo...

Pedro. Ah! quieres quedarte haciendo compañía á tu pobre madre. Aprobado!

Luis. Si señor. Ademas tengo que leer los periódicos de Lisboa. Traen una sesion interesantísima de la Cámara de los Pares.

Pedro. Y que te importan á tí todos los Pares del universo, inclusos los doce de Francia? Un labrador solo ha de ocuparse del cultivo de sus tierras.

Luis. Un labrador es un hijo de la patria, y debe interesarse por ella. Usted la ha defendido muchas veces...

Pedro. Sí, voto á brios! con las armas, y no con discursos acaramelados! Pero este capítulo es muy largo; dejémosle para otro dia. Yá se que tienes ambicion: de ella te curarán los desengaños! (*Viéndo salir á Juan por la puerta segunda de la derecha.*) Y tú, Juanito, qué piensas hacer esta tarde?

Juan. No sé... Lo que Luis disponga.

Luis. Ven acá. (*Se encamina al pabellon, y Juan le sigue.*)

Pedro. Dónde va el rey, va la corte. Cómo ha de ser!

(*Vánse Luis y Juan por detras del pabellon.*)

ESCENA III.

Don Pedro, Beltran.

Beltran. Señor, me parece temprano para salir; aguarde usted á que refresque mas la tarde.

Pedro. Tienes razon, Beltran. Los viejos no podemos dar un paso sin consultar al cielo y á la tierra. Acercate aquí, que tenemos que hablar de un asunto importante. (*Toma asiento en el banco de la izquierda.*) Siéntate á mi lado.

Beltran. No, señor.

Pedro. Qué terco eres! Haz lo que te digo.

Beltran. (*Sentándose.*) Pero no vé usted que esta llaneza es un mal ejemplo para los demas criados?

Pedro. Los demas criados?.. Y qué tienes tú de comun con esa gente? Tú eres mi amigo!

Beltran. Señor!..

Pedro. Mi único amigo! El hombre á quien mas debo en el mundo! Qué habría sido de mi pobre Ana y de mi hijo, du-

rante mi emigracion en Inglaterra, si tú no hubieras quedado al frente del corto caudal, que yo poseía entonces! Ni comodidades á mi muger, ni educacion á mi Luis, ni á mí socorros pecuniarios, nada nos faltó en la aciaga época de la usurpacion del trono de Portugal por el infante don Miguel; y cuando regresé á mi patria con la espedicion de don Pedro, hallé mi hacienda triplicada; en tanto que tú, pobre Beltran, habias hecho desaparecer tu patrimonio embebiéndolo en el mio!

Beltran. Eso no es exacto! Ea, quiere usted no hablar mas de tales cosas?

Pedro. Lo que yo quisiera es grabar en mármoles y bronces esa historia para consuelo de la humanidad, y honra del fénix de los amigos!

Beltran. Así! despáchese usted á su gusto!

Pedro. Merced á tu noble comportamiento pude retirarme del servicio militar cuando obtuve el despacho de coronel, y gozar una vida dichosa en mis posesiones al lado de mi familia. Solo un pesar me aflije de contínuo, y ese tú me lo has causado.

Beltran. Yo, señor?

Pedro. Tú, Beltran, que no has querido salir de la humilde condicion de capataz de la labranza; tú, que hasta ahora no has consentido en aceptar una parte de mi hacienda.

Beltran. Pero si estoy bien hallado!..

Pedro. No importa, ello ha de ser! Lo exijen de consuno mi honor y mi conciencia! Este es el asunto, del cual quería hablarte. Díme, Beltran: no has pensado casar á tu hija Inés?

Beltran. Me sería tan doloroso separarme de esa criatura, cuyo aliento es mi vida!

Pedro. Y si hallases un pretendiente, que no te la arrebatara, que viviera entre nosotros, consentirías en la boda?

Beltran. Con mil amores!

Pedro. Beltran, amigo mio, concedes la mano de tu hija Inés á mi hijo Luis?

Beltran. Qué dice usted?.. Tanta fortuna!.. Pero nó! yo no debo aceptar! Usted quiere pagarme!..

Pedro. Eh! no seas caviloso! Lo que yo quiero principalmente es ver á mi hijo feliz! Nadie como la Inesita, que se ha formado ante mis ojos, que ha cautivado mi corazon con su dulce carácter y sus virtudes, nadie mejor que ella puede labrar la dicha de mi hijo.

Beltran. Eso sí! La Inesita es una perla!

Pedro. Tambien nosotros necesitamos algun esparcimiento en el árido camino de nuestra vejez. Mi pobre Ana, mi amada compañera, hace tres años que está postrada en el lecho, aguardando la muerte con santa resignacion. Quién me consolará? Quién dulcificará esa pena, que tú ya has sentido? Nuestros hijos enlazados! Y luego, Beltran amigo, revivirán nuestros

helados corazones al contacto de los hermosos nietezuelos!...

BELTRAN. (*Llorando.*) Vamos, vamos, señor don Pedro!.. No disponga usted de sopeton la boda, porque... porque me matará la alegría!

PEDRO. Desgraciadamente hay que aguardar algun tiempo! Mi hijo está siendo víctima de una alucinacion, que no le permite apreciar la dicha que le preparo. Es preciso que antes caiga la venda que cubre sus ojos... No sé como lo conseguiré... pero es preciso! Mal haya la hora, en que, cediendo á los ruegos de su madre, le envie á la Universidad de Coimbra! Un labrador no necesita ser jurisconsulto! Y eso, al fin, no me pesaría!.. Pero cómo ha vuelto! Dominado por un orgullo y una ambicion, que antes no conocia, mira con desden nuestras labores campestres, y hasta se me figura que nos desdeña á nosotros.

BELTRAN. No, señor don Pedro: usted le juzga con demasiada severidad!

PEDRO. No, amigo mio; le he estudiado á fondo. En vano procuramos adivinar todos sus deseos, para satisfacerlos al instante; en vano le prodigan su amor todas las personas que aquí le rodean! Mira como se conduce con Juanito, ese pobre huérfano, hijo de un bizarro oficial emigrado conmigo en Inglaterra, que murió en mis brazos encomendándome la custodia del pobre niño. Luis y Juan no se han separado desde entonces, pero la amistad entre ellos cimentada tiene en cada uno diverso origen. Juanito es la abnegacion personificada, está dispuesto á todas horas á servir á su amigo, y pronto siempre á sacrificarse por él. Luis abusa de la ciega adhesíon del pobre muchacho, le mortifica, y mas que su amigo es su tirano. No, Beltran, no estoy contento de mi hijo; mas espero que se corregirá en un todo, cuando el odio ó la indiferencia de los estraños le hagan conocer y apreciar nuestro cariño!

BELTRAN. Así lo creo: no desmentirá la sangre que corre por sus venas!

ESCENA IV.

Dichos. INES, *por la puerta del fondo, con un ramo de flores.*

INES. (*Mirando á su alrededor.*) (No está!.. Adonde habrá ido)?

PEDRO. Quién se acerca?

BELTRAN. Mi Inesita!

INES. Ustedes por aquí?.. Buenas tardes.

PEDRO. Adíos, hija mia.

BELTRAN. Hermoso ramo de flores!

INES. Verdad que es hermoso? Yo lo he hecho á mi gusto!

BELTRAN. Para regalarlo, se supone.

INES. (*Cortada.*) Sí, señor...

BELTRAN. Al señor don Pedro: no es así?

INES. Si mi padrino... lo quiere...

PEDRO. No, Inesita; no he de contrariar tu propósito; y si lo destinas á tu padre, con mayor motivo...

INES. No, señor!.. Es decir: si mi padre... lo desea...

(*D. Pedro y Beltran se levantan riéndose.*)

PEDRO. Bueno!.. no es para ninguno de los dos! Hemos quedado lucidos!

BELTRAN. Seguramente!

PEDRO. Nos parece haber adivinado quien es el favorecido, Inesita.

INES. (*Asustada.*) (Ay, Dios!)

PEDRO. Y no nos pesa tu eleccion.

INES. (*Con alegría.*) De verás?..

BELTRAN. No nos pesa, hija mia!

PEDRO. (*Sacando el reló.*) Beltran, hemos perdido la tarde charlando: con todo, daré una vuelta por el jardin y tú me acompañarás.

BELTRAN. Vamos, pues.

INES. Y yo, con permiso de ustedes, voy al cuarto de mi madrina.

PEDRO. Sí, hija mia; no te separes de la infeliz hasta nuestro regreso. Beltran, tu brazo.

(*Vanse D. Pedro y Beltran por la puerta del fondo.*)

INES. (*En la gradería del pabellon.*) (No les pesa!.. Lo dirán por él? Corazon, respira! (*Vase por la puerta de la izquierda*).

ESCEÑA V.

D. LUIS *y* D. JUAN, *por detras del pabellon.*

LUIS. (*Viendo alejarse á su padre.*) Allá van... Por fin nos dejaron solos!

JUAN. Pero me querrás decir que proyecto traes entre manos? Por qué me has hecho guardar en las maletas nuestras ropas y papeles? Volvemos á la universidad de Coimbra? Vas á estudiar ahora teología y cánones? Cien veces te he dirijido estas preguntas sin obtener la mas mínima respuesta.

LUIS. Allá dentro no he querido revelarte mis planes, temiendo que mi padre nos sorprendiese, ó lo que sería peor, que nos escuchase Inesita. Aquí nadie se acercará á nosotros sin ser visto.

JUAN. Habla, pues.

LUIS. Ay, Juanito, llegó la hora de nuestra libertad!

JUAN. Qué dices?

LUIS. Que esta noche daremos un adios eterno á Aveiro y á sus tristes campos, donde se consumen nuestra vitalidad y nuestra inteligencia! Que mañana al amanecer surcaremos los mares á bordo de la polacra *Aminta*! Que dentro de seis dias abrirá sus puertas, para darnos entrada, la córte de Portugal!

JUAN. Luis, estás en tu juicio?

LUIS. Estraña pregunta!

JUAN. Abandonar la casa de tus padres y mis tutores? Irnos á la buena de Dios por esos mundos en busca de aventuras?

LUIS. Todas las épocas, amigo Juan, tienen sus caballeros andantes; y en la nuestra nos ha tocado desempeñar ese papel á los hombres políticos.

JUAN. Con que nosotros somos hombres políticos?

LUIS. Pues quién lo duda?

JUAN. Yo no lo dudo: lo ignoraba simplemente. Pero, Luis, te pido por Dios que al menos aplaces la ejecucion de ese proyecto!

LUIS. Imposible.

JUAN. Considera que tu pobre madre está á las puertas de la muerte. Aguarda á que espire en tus brazos!

LUIS. Y crees tú que sin ese motivo no nos habriamos ausentado de Aveiro hace tres años? (*Conmovido.*) Sí, Juan: yo habia resuelto permanecer al lado de mi madre hasta su fin; derramar piadosamente un puñado de tierra sobre su cadáver, y marchar luego á donde me llama mi destino! Pero un funesto accidente, un suceso fatal nos obliga á emprender sin demora nuestro viaje!

JUAN. Me haces temblar!... Qué ha ocurrido?

LUIS. Sábelo tú solo. Inés... la hija del capataz... Nunca la hubiera conocido!

JUAN. Acaba!

LUIS. Dió crédito á mis fútiles lisonjas, cedió á mis halagos...

JUAN. Lo habia adivinado.

LUIS. Hasta ahora esto ha sido un secreto, pero ya... Calcula tú mi desesperacion! Ya no es posible ocultarlo!

JUAN. Dios mio!

LUIS. Estás viendo, amigo mio, que no puedo prolongar mi residencia en este sitio! Que tengo que huir del hogar paterno!

JUAN. No, Luis, al contrario. Veo que debes quedarte aquí con doble motivo: para acompañar á tu madre, y para reparar tu falta.

LUIS. Eres un imbécil, incapaz de comprender una idea elevada, indigno de la amistad con que te favorezco! (*Pasea agitado.*)

JUAN. No te enojes! He hablado sin ton ni son? No me hagas caso! Yá sabes que yo empiezo por decir lo que me parece, y acabo por creer á pié juntillas lo que tú aseguras.

LUIS. Reparar mi falta! Unirme por toda la vida á esa oscura aldeana! Ejercer la brillante profesion de capataz heredero! Y quién repara y compensa mis largas vigilias durante diez años de estudios? Quién satisfará los altos deseos que bullen en mi alma? Cómo se indemnizará la patria de la pérdida de un hijo, que estaba destinado á engrandecerla! No, amigo mio. Los hombres de génio caminan con la frente muy elevada, y no puede distraer su atencion la florecilla humilde que huellan y marchitan.

JUAN. Tocante á los hombres de génio no puedo replicarte, porque no soy de la cofradía. En cuanto á nuestro repentino viage...

LUIS. Lo emprenderás, no es cierto?

JUAN. Yo lavo mis manos. Por mí jamas abandonaría á mi tutor, á quien debo tantos beneficios; pero si tú lo ordenas, ya estoy andando.

LUIS. (*Estrechándole las manos.*) Así se portan los buenos amigos! No te pesará. La primera mitra que vaque!..

JUAN. No me hables de remuneracion! Mi cariño es desinteresado; y solo aspiro á vivir siempre en tu compañía. Pero vamos á ver: cuentas con los medios indispensables para la fuga? No habrás olvidado que tu padre cierra todas las noches las puertas de nuestras habitaciones.

LUIS. Ven acá, pedazo de alcornoque: no se te ocurre que tenemos á nuestra disposicion una famosa escala?

JUAN. Yá! Cón qué la escalita, que me ha mondado los dedos?..

LUIS. Pues! desde el terrado, al huerto...

JUAN. Ya decia yo que alcanzaba! Pero dime, Luis: tienes en tu poder la llave del porton del campo?

LUIS. No, esa la tiene Beltran.

JUAN. Qué falta nos hace? saltaremos las tapias.

LUIS. Nosotros sí, pero los caballos!..

JUAN. Los caballos se han de fugar tambien?

LUIS. Preciso! Cómo quieres que lleguemos á la bahía antes del amanecer, si no reventamos un par de caballos?

JUAN. Pues no ha de ser fácil lograr que el viejete nos dé la llave.

LUIS. Eso corre de tu cuenta, porque tú eres el encargado de pedírsela.

JUAN. Yo?

LUIS. No quiero que de mí sospechen!..

JUAN. Pero si yo no sirvo para estos embrollos!..

LUIS. No admito réplica. (*Señalando á la alameda.*) Mira, allí viene Beltran! Yo me retiro á este lado. (*Se coloca debajo de la ventana del pabellon.*)

JUAN. (*Siguiendo á su amigo.*) Luis, te ruego por la Vírgen!..

LUIS. Dentro de un cuarto de hora he de tener en el bolsillo la llave... ó tus orejas.

JUAN. Voy por la llave! (*Se dirige á la derecha.*)

ESCENA VI.

Dichos. BELTRAN, *por la puerta del fondo.*

BELTRAN. No ha salido el señorito Juan esta tarde?

JUAN. Ya lo vé usted, señor Beltran. No he querido cansarme, porque mañana tengo que madrugar mucho.

BELTRAN. Eso es bueno!

JUAN. Saldremos á caballo don Luis y yo...

LUIS. (Ya me nombró el condenado!)

BELTRAN. Tambien don Luis? Entiendo: un paseo por la playa.

JUAN. Justamente. Pero el caso es que no quisiéramos molestar á usted, haciéndole levantar para abrirnos la puerta del campo.

BELTRAN. Qué molestia, señorito Juan? Sí yo me desvivo por complacer á ustedes!

JUAN. Gracias, muchas gracias! Sin embargo, cuando todo puede conciliarse...

BELTRAN. Todo?

JUAN. La comodidad de usted y nuestro gusto.

BELTRAN. De qué manera?

JUAN. Entregándome esta noche la llave de la puerta grande.

BELTRAN. A qué hora será el paseo?

JUAN. Temprano, muy temprano! A las cinco.

BELTRAN. Bah! yo me levanto poco despues de cantar el gallo, con que así...

LUIS. (Por vida de!..)

JUAN. (Maldito sea tu gallo!)

BELTRAN. Manda usted otra cosa?

JUAN. Aguarde usted! Estaba pensando que para dar la vuelta sin calor es indispensable salir de aquí á las tres y media.

BELTRAN. (*Sacando una llave grande.*) Ah! en ese caso...

JUAN. Me dará usted la llave?

BELTRAN. No, se la entregaré al señor don Pedro, para que, si gusta, la ponga en manos de ustedes.

JUAN. (Ah, viejo ladino!)

LUIS. (Esto es ya demasiado!)

BELTRAN. No hay que impacientarse; mí señor estará aquí dentro de un instante. Se ha detenido á hablar con el jardinero...

JUAN. Pero que necesidad habia?..

BELTRAN. Oh! yo he recibido esta llave de mano de su dueño, con encargo espreso de no confiarla á nadie.

JUAN. Con que me la niega usted rotundamente?

BELTRAN. Rotundamente.

LUIS. (*Presentándose á Beltran con altanería.*) Señor Beltran, y á mí?

BELTRAN. Señor don Luis, si usted lo ha oido, á qué me lo pregunta?

LUIS. Sabe usted que estoy en mi casa, y que no tiene usted derecho para negarme esa llave?

BELTRAN. Sé que mi obligacion es cumplir las órdenes de su padre de usted, y mi señor.

LUIS. (*A Juan.*) Pero has visto mayor osadía? Pero no se atreve á invocar el nombre de mi padre, para cohonestar su desobediencia? Hasta cuando piensan estas gentes que voy á vivir en tutela vergonzosa?

BELTRAN. Permítame usted que me retire.

LUIS. (*Cojiendo á Beltran de un brazo.*) No te irás burlándote de tu señor, ruin mercenario!

BELTRAN. (*Zafándose con brio.*) Señor don Luis...

LUIS. (*Agarrando á Beltran por los hombros, y sacudiéndole á un lado y á otro.*) A mí, voces?.. A mí, amenazas?..

ESCENA VII.

Dichos. DON PEDRO, *por la puerta del fondo.*

PEDRO. (*Corriendo indignado á detener á su hijo.*) Desdichado!!...

LUIS. (*Soltando á Beltran.*) (Mi padre!)

BELTRAN. (*Intercediendo en favor de don Luis.*) Señor don Pedro, no hay motivo...

JUAN. (*A don Pedro.*) Si he sido yo!

PEDRO. (*A don Juan.*) Quita de ahí, babieca! (*A don Luis.*) Sabes lo que has hecho?

LUIS. (*Con descoco.*) Eh! un criado!..

PEDRO. Es un hombre!.. Es un anciano!.. (*Echando un brazo á Beltran por la espalda.*) Es mi amigo! (*Coje con violencia á don Luis, y le obliga á caer de hinojos delante de Beltran.* De rodillas!

BELTRAN. (*Apresurándose á levantar á don Luis.*) No, por Dios! (*Don Luis, con el semblante airado, se dirige á la izquierda del proscenio.*)

PEDRO. Retirate, Beltran. (*A D. Juan.*) Y tú, tambien. Dejadnos solos. (*Vanse D. Juan y Beltran por la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA VIII.

DON PEDRO. DON LUIS.

PEDRO. (*Despues de acercarse pausadamente á su hijo.*) Sí atropellas á la ancianidad, dime, Luis, qué respetas tú en el mundo?

LUIS. He obrado mal, pero no es mia la culpa. Si usted supiera!..

PEDRO. Yo no quiero saber mas sino que he visto á un mozo dando golpes á un viejo!

LUIS. Ah! sí, señor! Un mozo contrariado en sus inclinaciones, herido en su legítimo orgullo! Un mozo privado de aire que respirar, y de espacio en que moverse! En tal situacion, yo no sé si he golpeado á un viejo: sé unicamente que pugno, noche y dia por romper mis ligaduras y abatir mi calabozo!

PEDRO. Calabozo, el hogar paterno! Heridas los beneficios! Ligaduras, nuestros brazos! Bien está, hijo mio: te verás libre.

LUIS. Ese es mi deseo!

PEDRO. Lo habia adivinado.

LUIS. Luchar en una esfera dilatada, por adquirir gloria y riquezas!.. Así comprendo yo la vida!

PEDRO. Pues bien; tus faltas, y especialmente la última, merecen un castigo. Yo te lo impongo muy severo.

LUIS. Cuál, señor?

PEDRO. El logro de lo que tanto ambicionas.

LUIS. Y á eso llama usted castigo?

PEDRO. Tú le darás tambien ese nombre, dentro de algunos años!

LUIS. Conqué... podré ir á la corte?

PEDRO. Sin duda.

LUIS. Mañana tal vez?

PEDRO. Hoy mismo.

Luis. Si parece un sueño!

Pedro. Tú, Luis, no conoces mas que este pequeño paraiso en el cual todos te aman, y la constancia de nuestro afecto ha llegado á causarte hastío. No lo estraño: la luz misma, con ser tan bella, se nos haria insoportable si no alternara con la oscuridad. Entra, pues, en el gran mundo; rompe si puedes la pesada losa de la indiferencia general; lucha con el egoismo; sufre las mordeduras de la envidia, bebe el amargo cáliz del odio! Por fortuna, Luis, tu fiebre terminará, merced á una reaccion saludable: los recuerdos de esta edad feliz, de esta mansion apacible y de este desinteresado amor asaltarán tu memoria, y te darán fuerzas para romper las cadenas cortesanas. Desengañado y arrepentido volverás á estos campos, en donde yo te esperaré orando sobre la tumba de tu madre!

Luis. Madre mia!

Pedro. Entonces alegrarás mi vejez, y te considerarás honrado y feliz con que ese buen Beltran, á quien hoy has ofendido, te perdone y te conceda la mano de su hija.

Luis. La mano de Inés? Sabe Inés que usted desea?.. Silencio, padre mio!..

Pedro. Qué te inquieta?

Luis. Yo... ignoraba ese proyecto... Ademas no me parece oportuno que esa niña empiece á concebir esperanzas...

Pedro. Descuida: nada sabrá por ahora.

Luis. (*Con alegría.*) (Ah!..)

Pedro. Tu marcha está decidida; no hay, pues, que perder tiempo. (Mañana quizás no me sentiria con valor para separarme de él!.) El vapor de Oporto hace escala en Aveiro, y en ese buque irás á Lisboa.

Luis. Permitirá usted que Juanito vaya en mi compañía?

Pedro. Sí, Luis, no es tan grande mi rigor, que te quiera separar de todas las personas que te aman. Trátale como á un hermano; porque el afecto que te tiene, solo es comparable con el que á mí me profesa Beltran. Voy á dar mis órdenes. (*Se dirije á la derecha. A don Juan que sale por la puerta primera de este lado.*) Preparad vuestros equipajes. (*Vase.*)

ESCENA IX.

D. Juan. D. Luis.

Juan. No lo entiendo! Cuando yo creia que todo estaba descubierto, y que tu padre iba á secuestrar nuestras maletas, nos manda disponer los equipajes. Repito que no lo entiendo!

Luis. Ni es menester. Basta que sepas que ya no apelaremos

á la fuga, puesto que acabo de obtener el consentimiento de mi padre para marchar contigo á Lisboa.

JUAN. Qué gusto!.. Digo, para tí; mas no para la pobre Inesita.

LUIS. Calla! No me pierdas! Si la hija de Beltran llegase á comprender!.. Pero no hay cuidado: cuando ella note mi ausencia estaremos muy lejos de aquí.

JUAN. Y qué sucederá entonces?

LUIS. Nada: la Inesita se lo confesará todo á su padre; este acudirá al mio, del cual recibiré una larguísima carta moral; despues dotará espléndidamente á la niña; y no faltará, por último, un honrado labrador que acepte su mano.

JUAN. Y así reparas tu falta?

LUIS. Así reparan las suyas los grandes estadistas. Si de otra manera obrasen, acaso el marqués de Pombal habria pasado su vida en una covacha escribiendo memoriales, y tal vez el mismo Napoleon no hubiera sido mas que un mediano barberillo. Ea, Juanito; no turbe ningun pesar nuestro contento! Las puertas del gran mundo se abren hoy para nosotros: entremos con paso firme, y sin volver nunca la cara atras. Tu has de ver qué felices somos en nuestro elemento!

JUAN. Yo lo seré donde quiera que te vea satisfecho y alegre! (*Dá la mano á Luis.*)

ESCENA X.

Dichos. DON PEDRO *y* BELTRAN *por la puerta primera de la derecha.*

PEDRO. Todo queda dispuesto: los caballos llegarán á la puerta del campo al mismo tiempo que vosotros. Habeis arreglado el equipaje?

JUAN. Está corriente.

PEDRO. Un criado ha ido á recojerlo á vuestras habitaciones.

LUIS. Podemos ya partir, señor?

PEDRO. (*Acercándose á D. Luis, y tomándole las manos.*) Luis, en el momento de separarnos tengo que despojarme del carácter de juez, para no ser mas que tu mejor amigo. Vas á un centro de poblacion en donde te moverán guerra todas las pasiones humanas; arráncales su disfraz, mira lo que son, y cuenta que las has vencido. Marcha siempre en pos de la justicia, aunque no la veas en el trono de la victoria. El tiempo, que otros malgastan en adular al poderoso, inviértelo tu en favorecer al desvalido. Reprime en tu corazon la ira, y serás fuerte; límpiale de deseos, y serás rico. No adquieras bienes á

costa de tu buen nombre, porque no hay pobreza que iguale á la deshonra. Acuérdate, hijo mio, de quien eres, y volverás ileso á mis brazos. (*Le abraza.*) Dime antes de partir si has contraido alguna deuda.

LUIS. Cómo piensa usted que aquí...?

PEDRO. No me has entendido: hablo de deudas de honor. Has empeñado alguna palabra? Tienes que cumplir algun deber sagrado? (*Momentos de silencio.*) Responde.

LUIS. No, señor...

PEDRO. Abrázame otra vez, hijo mio! (*Le abraza.*) Da tu mano á Beltran. (*Don Luis vacila un instante, luego hace lo que su padre le ordena, ocultando el rostro cuando Beltran le besa cariñosamente la mano.*)

BELTRAN. (*Llorando.*) Señor don Luis...!

JUAN. (*Muy conmovido.*) Pobres viejos!

PEDRO. Te queda aun la mas dolorosa despedida. La de tu madre!

LUIS. Ah!... (*Sube precipitadamente por la gradería de la izquierda y vase por la puerta del pabellon.*)

ESCENA XI.

DON JUAN. DON PEDRO. BELTRAN.

PEDRO. Ya lo ves, amigo Beltran: mis temores se han realizado muy pronto por desgracia. Mucho me cuesta desprenderme de mi hijo; pero en su crítica situacion mejor es consentir en este viaje, que dejarle apelar á recursos estremos: tal vez á la fuga! Perderá sus ilusiones en la córte, porque es hombre de honor; y cuando vuelva arrepentido á nuestros brazos podremos con mayor seguridad cumplir nuestros propósitos.

BELTRAN. Todo lo que usted ha determinado es indispensable para asegurar la ventura de mi hija Inés. El dia que la viese desgraciada, sería el último de mi vida! Disponga usted de nosotros dos como de cosa suya.

PEDRO. Ah, buen Beltran! Ea, vamos á la puerta del campo para abrazarle en el momento de partir, y estarle despues mirando todo lo que alcance nuestra vista!

BELTRAN. Sí, vamos allá. (*Da Beltran el brazo á don Pedro, y vanse los dos por la puerta del fondo. Don Juan, que ha estado asomándose á las puertas de la derecha, los acompaña hasta la verja.*)

ESCENA XII.

DON JUAN. *Luego* DON LUIS.

JUAN. Ya se fueron!. Temiendo estaba yo que el diablo tirase de la manta! Si las acciones de Luis las viera en otro, me parecerian!.. No quiero decirlo. (*Sale don Luis precipitadamente por la puerta de la izquierda, baja desconcertado la graderia, y cae desfallecido en los brazos de don Juan.*)

JUAN. Luis!..

LUIS. No puedo dar un paso... Sácame arrastrando de aquí!..

JUAN. Por Dios, qué ha sucedido?

LUIS. Mi madre... aletargada... insensible... no me ha entendido... Pero Inés... detras de las cortinas... Ella sí! Pronto, amigo mio... Vámonos pronto!

JUAN. Tranquilízate: procura esplicarte...

LUIS. Luego... no sé como, en la antecámara... la ví abrazada á mis rodillas! Mátame, dijo... Mátame antes de partir!.. Yo la levanté bruscamente, y... cayó sin sentido.

JUAN. Pobre Inés! Vamos á socorrerla!

LUIS. No, no! Llamaremos á un criado... Quieres que todo se pierda? huyamos!

INES. (*Dentro.*) Luis!

LUIS. Ah!.. Sálvame!

INES. (*Dentro.*) Luis!

JUAN. Por este lado. (*Se dirigen don Luis y don Juan por detras del pabellon á la puerta del fondo, y pasan al jardin.*)

ESCENA XIII.

INES *en lo alto de la graderia.* D. JUAN. D. LUIS.

INES. Te seguiré inhumano! (*Don Luis cierra con llave la reja. A este ruido vuelve Inés la cabeza, y vé huir á don Luis y don Juan.*) Ah!!.. (*Dá algunos pasos vacilantes, y cae de rodillas, apoyándose en la balaustrada.*) Vírgen María, qué vá á ser de mí!..

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala lujosamente amueblada.—Puerta grande en el fondo, que da á una anteeámara.—Dos puertas á la dereeha del aetor, y otras dos á la izquierda: la primera de este lado corresponde á un balcon, delante del cual habrá un velador con tapete, recado de escribir, periódicos y folletos.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN, *sentado junto al velador, escribiendo. Pasados algunos instantes se presenta* SILVERIO *en la puerta del fondo, trayendo algunas cartas en una bandeja.*

SILVERIO. Da usía permiso?
JUAN. Adelante.
SILVERIO. Traigo el correo.
JUAN. Dime: se ha levantado ya el señor don Luis?
SILVERIO. Está vistiéndose.
JUAN. Al sacarle la ropa, has tenido presente lo que dice el *Diario del Gobierno*?
SILVERIO. Me parece que el señor don Luis habla hoy en la cámara de los diputados.
JUAN. Eso es! Frac azul, chaleco de grandes solapas...
SILVERIO. Sí, señor.
JUAN. Camisola con puños enormes...
SILVERIO. Sí, señor.
JUAN. Corbata desaforada...
SILVERIO. Sí, señor.

JUAN. Muy bien; ese es el trage parlamentario. Dame las cartas.

SILVERIO. Manda usía otra eosa?

JUAN. No: puedes retirarte. *(Váse Silverio por la puerta del fondo.)*

JUAN. Aeabemos de poner en limpio este artículo de oposicion, que anoche escribió Luis mientras le peinaban para el baile de Palacio. *(Escribe.)*

ESCENA II.

Dicho. DON LUIS, *de bata, por la puerta primera de la derecha.*

LUIS. Hola, trabajas?

JUAN. Buenos dias. Sí, estoy concluyendo la copia del artículo... Mira: ahí tienes el correo.

LUIS. Veamos que quieren hoy mis eleetores. *(Siéntase en una butaca, junto al velador, y abre una carta.)* Un saeristan que pide un eurato... *(La tira y toma otra.)* Un eura que pretende una eanongía... *(Abre otra carta.)* Un canónigo, que desea una mitra... *(Tira sobre el velador la tercera carta.)* Lo de siempre! Estos hombres no se acuerdan de que soy diputado de la oposicion. *(Mirando el sobrescrito de otro pliego.)* Ah! earta de mi padre! *(Rompe la cubierta y lee.)*

JUAN. Cuanto me alegro! Hace tiempo que no recibimos carta suya. *(Echa polvos á su escrito, lo dobla, y se lo guarda.)*

LUIS. *(Levantándose repentinamente.)* Esto nos faltaba!

JUAN. Qué ha sucedido? *(Levantase tambien.)*

LUIS. Yo deseaba darle un abrazo. Si, señor... Quién lo duda? Como que haee mas de tres años que salimos de Aveiro, y no hemos vuelto á verle. Pero venirse así de sopeton...

JUAN. Qué? Viene mi tutor?

LUIS. De un dia á otro le tendremos en Lisboa.

JUAN. Qué plaeer!

LUIS. Mueho!.. sin embargo, yo quisiera que su llegada se retrasase hasta poder quitar de enmedio algunos inconvenientes...

JUAN. Cuáles?

LUIS. Demasiado los conoces! La tenaeidad de Inés...

JUAN. Ah, sí!

LUIS. Inés, que hizo la locura de fugarse de la casa paterna pocos dias despues de nuestra marcha, y llegó á Lisboa casi al mismo tiempo que nosotros. Ahí está para mi tormento apareciéndoseme en todas partes! Si mi padre tropieza con ella

en las calles de la ciudad... Oh, no quiero pensarlo! Nada, Juanito; tú, que vas á menudo á su albergue, es necesario que la convenzas de que ya es hora de renunciar sus descabelladas y exhorbitantes pretensiones. Dile que esos recursos, que tú le facilitas para subsistir en la corte, cesarán hoy mismo, si no traslada su residencia á otra poblacion.

JUAN. Inútil amenaza! Está Inés muy segura de que yo no la desamparo.

LUIS. Ella perderá toda esperanza cuando yo suba al poder y contraiga un ventajoso enlace, pues se han de verificar á la vez ambos sucesos. Ahí tienes otra de las razones, que me asisten para lamentar la venida de mi padre. No quiero que, durante la crisis actual del gabinete, distraigan mi atencion asuntos domésticos. Sobre todo, deseo quitar á mi padre todo motivo de reprension ó queja, deslumbrándole con el brillo de la posicion que alcanzaré dentro de pocos dias.

JUAN. Con que tan segura tienes la cartera?

LUIS. Como si la llevase debajo del brazo. No es ya mia, porque me he propuesto obtener algo mas.

JUAN. Eso sí! tú has conseguido en tres años lo que otros no logran en diez, ni acaso en toda su vida. Diputado, gefe de una fraccion importante, orador brioso... Cómo no ha de buscar tu alianza el presidente del Consejo?

LUIS. Pobre marqués de Fonsanta! Si le hubieras visto anoche en el baile de Palacio! Qué amable y obsequioso estuvo conmigo! Ya se vé: desea que yo refuerce su ministerio. Qué frases tan tentadoras me dijó al oido!

JUAN. Y tú accediste?

LUIS. Yo no solté prenda: necesito madurarle mas. El discurso que he de pronunciar hoy en la Cámara, está pendiente sobre la cabeza del marqués, como otra espada de Damocles. No seria estraño que, antes de abrirse la sesion, se entregase el hombre.

JUAN. Gracias á Dios que realiza tus sueños! Por fin te veo dichoso!

LUIS. Dichoso? No se trata de eso!

JUAN. No, Luis? Pues es lo principal.

LUIS. Lo principal es ser ministro.

JUAN. Pero tú en ese puesto...

LUIS. En ese puesto crecerán mis angustias, mis intrigas, mis combates, mis insomnios! En ese puesto acabaré de disipar y consumir mi vida!

JUAN. Lo sabes, y quieres á pesar de todo?..

LUIS. (*Con éxtasis.*) Ser ministro!

JUAN. Pues no lo entiendo.

LUIS. Pobre Juanito! Tú no sabes que en esta fatal pendiente una vez emprendida la carrera no es posible detenerse, ni

menos volver atrás. Hay tambien para nosotros instantes de placer supremo, que no cambiariamos por veinte años de felicidad oscura y tranquila. Yo voy á gozar el mayor de esos placeres!

ESCENA III.

Dichos. SILVERIO, *en la puerta del fondo.*

SILVERIO. Su Excelencia el Baron de Pinto.

JUAN. (*A don Luis.*) El secretario particular del presidente del consejo?

LUIS. (*A don Juan.*) El mismo. (*A Silverio.*) Que pase. (*Vase Silverio.*)

JUAN. Razon tenias!

LUIS. Nuestro hombre capitula. Detrás de aquella puerta lo oirás todo.

JUAN. Me voy corriendo. (*Vase por la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA IV.

DON LUIS. EL BARON, *por la puerta del fondo.*

LUIS. (*Adelantándose á recibirle.*) Señor Baron!..

BARON. Señor de Apousa, tengo la honra...

LUIS. Mayor es la mia al entrar usted en esta casa. Pero tome usted asiento.

BARON. Con mucho gusto. (*Siéntanse ambos á la izquierda del proscenio.*)

LUIS. Su tio de usted el señor marqués de Fonsanta?

BARON. Bueno. De su parte hago á usted esta visita.

LUIS. Tanto favor!

BARON. Le quiere á usted de una manera!.. Cuánto placer hubiera tenido en ver á usted en su palacio! Pero sus invitaciones han sido desatendidas...

LUIS. No quiero distraer de sus graves ocupaciones al presidente del Consejo.

BARON. Pues bien, señor de Apousa; el secretario particular del presidente del Consejo, su sobrino, la persona de toda su confianza, viene á ver á usted; lo cual, hablando francamente, equivale á quemar las naves.

LUIS. Las mias están siempre á disposicion de un piloto tan experimentado!

BARON. Eso desea mi tio... Por interés del pais, se entiende. Da pena, me decia esta mañana, da pena ver á una eminencia parlamentaria, como lo es el señor don Luis de Apousa, gastar sus dotes en servicio de una oposicion que lucha desventajosamente con nuestra compacta mayoría.

LUIS. Pero usted le habrá contestado que no debe confiar tanto en sus fuerzas, porque esa oposicion que en su orígen no contaba mas que con media docena de diputados, va engrosando de dia en dia, hasta el punto de tener hoy el mismo número de adeptos que el bando ministerial, salvos los siete votos de los ministros.

BARON. Y á qué hemos de perder el tiempo en ese recuento de votos, que á nada conduce, cuando podemos crear un gobierno fuerte, uniendo nuestras falanjes?

LUIS. Quién lo duda? Pero eso que me dice usted es tan vago...!

BARON. Yo procuraré concretarme, mi estimado colega. Ayer debió usted pronunciar un discurso contra la ley de presupuestos en la parte relativa al ministerio de lo Interior, y no lo hizo usted, por haber transcurrido las horas de reglamento; hoy tendremos el gusto de oir su brillante peroracion al entrar en la órden del dia.

LUIS. Ese es mi propósito.

BARON. Qué trabajo tan ímprobo para un talento elevado! El tema vulgar de la diminucion de gastos, de las economías... Oh! Luego hay que tener en cuenta que el ministro de lo Interior ha previsto los ataques, y lleva muy preparada la defensa. Será usted derrotado, señor de Apousa.

LUIS. Allá veremos.

BARON. Indefectiblemente. Y qué dolor! Derrotado por un hombre, que, aquí en confianza, vale cien veces menos que usted.

LUIS. Lisonjas!...

BARON. Son incompatibles con mi carácter! Nada amigo mio; nos hemos propuesto librar á usted de su penoso compromiso, y fácilmente lo conseguiremos.

LUIS. De qué manera?

BARON. Al abrirse hoy la sesion retirará el marques de Fonsanta el presupuesto de lo Interior; el ministro desairado dimitirá su cartera; usted será agraciado con la vacante, y hará un presupuesto mas ó menos económico. Qué tal, señor de Apousa?

LUIS. No es malo el plan; pero carece de una condicion indispensable.

BARON. A saber?

LUIS. Las garantías. Quién me responde de que su tio de usted no me sacrificará en las aras de una nueva oposicion?

BARON. Mi tio es incapaz...!

LUIS. De hacer dos veces la misma jugada? Yá vé usted que hoy vá á inmolar á un pobre ministro...

BARON. Qué garantía pide usted?

LUIS. Difícil sería hallarla, si la Providencia no la hubiera colocado en la realizacion de mi mas bella esperanza.

BARON. Esplíquese usted.

LUIS. Ay, amigo mio! Estas cosas ruborizan á un hombre de Estado... Pero no es posible ocultarlas. Sepa usted que estoy enamorado.

BARON. Celebro mucho...

LUIS. Perdidamente enamorado de la criatura mas bella y angelical que encierra Lisboa! La pupila del señor presidente del Consejo.

BARON. (*Estupefacto.*) Mi hermana?

LUIS. Sí, señor: su hermana de usted, la Condesita de Avila, es la única mujer que puede hacerme feliz ; y es tambien, por fortuna, la única cuya mano puede garantizar la alianza que usted y su tio me proponen.

BARON. Qué desgraciados somos, señor de Apousa!... Por qué no nos ha hecho usted esa peticion un mes antes?

LUIS. Y qué obstáculo?...

BARON. Friolera! Que en estos dias ha prometido mi tio la mano de mi hermana al mariscal Milfontes.

LUIS. Y van ustedes á casar á esa niña con un septuagenario ?

BARON. Usted aumenta el número de años. No tiene mas que sesenta y cinco. Confieso, no obstante, que la boda de usted con mi hermana hubiera sido mas ventajosa y mas honorífica: pero ya no hay remedio. Qué dolor, amigo mio!

LUIS. (Entiendo.) En ese caso, señor Baron, lamentaré mi suerte, y pronunciaré mi discurso contra el ministerio.

BARON. Cómo! Romperá usted nuestras negociaciones por ese motivo?

LUIS. Cabalmente.

BARON. Pero nosotros daremos á usted otras garantías!...

LUIS. La cartera de lo Interior y la mano de la Condesita. Ambas cosas, ó ninguna.

BARON. (*Levantándose.*) Hemos concluido, señor de Apousa.

LUIS. (*Levantándose tambien.*) Señor Baron, hemos concluido. (*Dá al Baron el sombrero.*)

BARON. Mil gracias. Vá usted á ser derrotado.

LUIS. (*Acompañando al Baron, que se dirije al fondo.*) Quién sabe? Ha tomado usted posesion de su casa.

BARON. Cerca de aquí tiene usted la suya. La victoria es nuestra.

Luis. Lo dudo. Cúbrase usted. (*Se hacen mútuamente una profunda cortesía, y váse el Baron por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

Don Luis. Don Juan.

Luis. (*Abriendo la puerta primera de la derecha.*) Qué te parece?

Juan. (*Saliendo por la misma.*) Que eres un loco! Nada te satisface... Y te vas á quedar sin cartera y sin novia! (De lo segundo me alegro).

Luis. Tú no conoces á esta gente, ni sabes medir la profundidad del abismo, á cuyo borde se hallan. Mias serán las tres cosas que he pedido.

Juan. Cómo tres? El ministerio, la Condesita...

Luis. Y el dote!

Juan. Ah, sí! Eso se sobreentiende.

Luis. (*Acercándose al balcon.*) Anda, orgulloso Baron; llévale mi respuesta á tu tio. No has querido concederme la mano de tu hermana, cuando la he solicitado, y tendrás que venir á ofrecérmela cuando no te la pida. (*Sobresaltado.*) Ah!.. (*Cierra con ímpetu las vidrieras.*)

Juan. Qué has visto?

Luis. (*Con despecho.*) Ahí está Inés!

Juan. En la plaza? (*Compadecido.*) Válgame Dios!

Luis. Pero esa muger ha de ser eternamente mi sombra? Ha de turbar todas mis alegrías? Ha de agitar todos mis sueños? Yo voy á perder el juicio!.. Anoche, lo querrás creer? cuando salía del baile de Palacio engreido con la perspectiva de mi futura grandeza, tuve que esconderme en el fondo de mi carruage, huyendo de una mano que me llamaba entre las sombras de las columnas! Era Ines! Y aun creo que llevaba un niño...

Juan. Sí, tu hijo.

Luis. Pero bien sabes que yo he querido encargarme de ese niño, y de su educacion!

Juan. Separándolo de su madre. No esperes que la infeliz consienta.

Luis. Hay en la tierra hombre mas sin ventura? Todos cometen faltas en su mocedad, pero nadie arrastra consigo esta cadena.

Juan. Quién sabe lo que guarda cada cual en su pecho?

Luis. Ea, no quiero pensar mas en ese asunto! Tú no procuras distraerme!..

Juan. Puedo yo remediar que Inesita?..

Luis. Dale!.. (*Pausa, durante la cual don Juan se retira un poco de don Luis, y este se pasa la mano por la frente y los ojos.*) Tienes ahí el artículo que escribí anoche?

Juan. Sí.

Luis. Es menester que aparezca esta tarde en el periódico de nuestros amigos. Llévalo á la redaccion. Quiere guerra el marques de Fonsanta? Pues guerra á muerte!

Juan. Se te ofrece alguna otra cosa?

Luis. No: vuelve pronto. (*Váse don Juan por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

Don Luis.

(*Siéntase en una butaca, junto al velador.*) No estoy satisfecho de mi entrevista con el Baron. Voy á dar la batalla en mal terreno... El ministro de lo Interior lleva muy meditada su defensa... Si yo pudiera sorprenderle con un ataque inesperado! Una de esas cuestiones, que arrastran á los indecisos! No hay tiempo... Dentro de una hora se abre la sesion!

ESCENA VII.

Don Luis. Ines, *en la puerte del fondo, vestida con un sencillo trage negro.*

Ines. Don Luis de Apousa.

Luis. Quién? . Ah! Ines! (*Se levanta.*)

Ines. (*Con amargura.*) Me conoces todavía ?

Luis. Quién te ha traido aquí?

Ines. Mi desesperacion!

Luis. Cómo te han dejado pasar ?

Ines. Se lo he pedido al único que en esta casa tiene compasion de mí!

Luis. Ah! Juanito..! Y qne me quieres, Inés?

Ines. No á mí, pregúntalo á tu conciencia!

LUIS. Vienes á pedirme amor?

INES. Eso has imaginado?.. Jesus! Pedirte amor!.. Quién pide amor á las duras rocas?

LUIS. Pues qué deseas?

INES. Lo que me prometías en Avèiro, poco antes de tu aleve fuga!

LUIS. Ya pasó la necesidad de cumplirlo.

INES. Qué ha pasado, dices? Pues no sabes que mi desaparicion de aquellas playas fué un rayo, que hirió de muerte á mi infeliz padre? No ves que necesito aplacar su sombra, regando con lágrimas su sepultura, á la cual no puedo acercarme sin llevar de la mano á mi esposo?

LUIS. No me recuerdes!..

INES. Que ha pasado la necesidad de cumplir tu juramento! Pues no sabes que tengo un hijo desventurado, que me preguntará mañana por su padre, y yo moriré de dolor y de vergüenza?..

LUIS. ¡No quiero oirte!... Tú pones á prueba la entereza de mi carácter... ¡Y no ha de ser! Para tí, para ese inocente niño todo... menos lo que solicitas. No, no! Eso nunca!

INES. Mira, Luis, que tú no sabes de lo que es capaz una mujer desesperada!

LUIS. Qué me quieres decir?

INES. Yá no soy aquella tímida Inés, que abandonó su casa por no sentirse con valor para confesar su delito. Las angustias de aquel viaje, los tormentos de estos tres años y el amor de madre han fortalecido mi corazon! Momentos hay en que ciega de ira!...

LUIS. Acaba!

INES. Ah, no! Yo no podria vengarme del que tanto he amado!

LUIS. Vengarte?

INES. No, Luis! Nada he dicho... Yo no emplearé contra tí mas armas que mi llanto y mis súplicas! (*Se arrodilla.*)

LUIS. (*Cogiendo á Inés las manos.*) Levanta, Inés!

INES. No he de moverme hasta que me des una esperanza! Por Dios, Luis, por nuestro hijo, por tí mismo, cumple tu deber; sácame de este infierno!

LUIS. Levanta, digo!

INES. Si te avergüenzas de darme el nombre de esposa, llámame tu esclava! Si te enoja mi compañía, yo me retiraré á Aveiro!

LUIS. Esto es horrible!... (*Tira fuertemente de las manos á Inés, y consigue levantarla.*)

ESCENA VIII.

Dichos. Don Juan, *que entra precipitadamente por la puerta del fondo.*

Juan. (*Asustado al ver á Inés.*) No se ha ido!... Luis, no sabes lo que pasa?
Luis. (*Llevándose á don Juan aparte.*) Ven acá, dime.
Juan. No he llevado estos papeles, porque... acabo de ver...
Luis. A quién?
Juan. Y viene detrás de mí...
Luis. Quién, quién?
Juan. Tu padre!
Luis. Ah!... Pronto!... Líbrame de Inés! Por la puerta de escape...
Juan. Sí, sí! (*Se acercan ambos á Inés.*)
Luis. No puedes estar aquí mas tiempo...
Ines. Esa agitacion?...
Juan. No es nada...
Luis. Viene á visitarme un personaje de la córte...! (*Inés se encamina á la puerta primera de la derecha, conducida por don Luis y don Juan.*
Ines. Y así me dejas?...
Luis. Yo reflexionaré mas despacio... Tranquilízate....
Juan. Vamos! (*Vánse Inés y don Juan, cerrando la puerta por dentro.*)

ESCENA IX.

Don Luis. Don Pedro, *por la puerta del fondo.*

Pedro. Luis!
Luis. (*Inmóvil junto á la puerta primera de la derecha.*) Señor..
Pedro. No vienes á abrazarme?
Luis. (*Corriendo á los brazos de don Pedro.*) Sí, sí, padre mio!
Pedro. Hijo! Pero qué te pasa? Estás trémulo!
Luis. La emocion...! Cuánto celebro que nos veamos!
Pedro. Yo lo deseaba ardientemente. Y tu amigo Juan?
Luis. Muy bueno. Yá le verá usted. Pero es necesario que usted descanse...

PEDRO. Aquí me sentaré un rato contigo, porque estar á tu lado es mi descanso y mi consuelo.

LUIS. Cuánta bondad! (*Siéntanse ambos á la izquierda del proscenio.*)

PEDRO. Yá lo vés, Luis: no he querido morirme en la soledad de aquella casa, tan alegre en otro tiempo, ahora tan sombría y llena de recuerdos amargos. Tu partida fué la señal con que el cielo nos anunció mil desastres! Al marcharte tú, hijo mio, quedó aquella atmósfera envenenada! Asi los dolores mas fieros han traspasado mi corazon, sucediéndose unos á otros con rapidez espantosa!

LUIS. Pues qué, ademas de la muerte de mi pobre madre...?

PEDRO. Sí, ya sabes que dos dias despues de tu salida, aquella santa exhaló la vida en mis brazos!...

LUIS. Y yo no pude aguardar!.. Qué desventurado he sido! Prosiga usted.

PEDRO. Pocas horas despues de su muerte, aquella Inesita que la habia asistido con filial ternura hasta el último momento, aquella bondadosa Inesita que era nuestro encanto y debió ser tu esposa, desapareció de Aveiro.

LUIS. Y no se ha podido averiguar?... No hay sospechas...?

PEDRO. Ninguna.

LUIS. (Ah!..)

PEDRO. Todas nuestras pesquisas han sido infructuosas. Solo hemos sabido que aquella tarde estuvo en la playa, donde sin duda nos la robó algun desalmado. Imagínate el dolor del padre de Inesita! Vivió el infeliz Beltran mientras tuvo alguna esperanza de recobrar su bien; y cuando no le quedó ninguna, voló su espíritu al cielo á pedir justicia contra el que le habia arrebatado su tesoro!

LUIS. Basta, señor!... No me aflija usted con la relacion de esos tristes sucesos... No sabe usted el dolor que me causan!

PEDRO. Lo comprendo, hijo mio! Pasemos á otro asunto, á hablar de tí, cuya suerte tanto me interesa. Tendré que espresarme con alguna severidad, porque no estoy satisfecho de tu conducta, y seria un crímen disimularlo; mas espero de tu buen juicio que recibas mis advertencias como inspiradas por mi amor paternal.

LUIS. Oiré á usted con la veneracion debida.

PEDRO. Nadie, mejor que tú, sabe los sacrificios que me cuestan tus ambiciosas aspiraciones. Quisiste venir á la córte, y yo me apresuré á realizar tu deseo: pretendiste representar á nuestros paisanos en la cámara popular, y puse en movimiento á mis amigos, abusé de mi influencia, y fuiste proclamado diputado: cuantas veces me has pedido fondos, otras tantas los he puesto á tu disposicion; y en lo que tú llamas los deberes de tu rango has consumido las dos terceras partes de mi

caudal. Todo lo daría por bien empleado, si despues de conseguir que no me acuses de opresor, lograse tambien verte regresar á Aveiro corregido y desengañado de tus locas ilusiones. En este punto mi equivocacion ha sido completa, pues no veo llegar el dia de tu arrepentimiento; y muerta ya mi esperanza, agotada mi paciencia, me he puesto en camino para venir á decirte: Luis, hijo mio, no tendrán un término esas ambiciones, esas vanidades, esa locura? Has resuelto abreviar mis dias dejándome en la soledad y en la pobreza?

LUIS. No, padre mio! Cómo ha podido usted suponer en mí tan bárbaro designio? Yo no he olvidado que usted necesita mi apoyo, y esta idea me ha servido de estímulo para avanzar en mi carrera política: tres años hace que la he emprendido, y precisamente hoy he de reposar en la cumbre.

PEDRO. No esperes deslumbrarme con unos triunfos que me avergüenzan!

LUIS. Qué dice usted?

PEDRO. Las distinciones merecidas honran, y sirven de escarnio las usurpadas.

LUIS. Y cree usted que su hijo...?

PEDRO. Pues si yo te creyera digno de regir á nuestra patria, no te habria ya gritado: adelante, hijo mio? Acaso ha muerto en mi corazon el amor al pais en que he nacido? Te parece que yo no estimo y venero á los hombres que en la oposicion y en el ministerio se distinguen por su talento y sus virtudes?

LUIS. Y en qué se funda usted para dudar de mi aptitud?

PEDRO. En que he seguido dia por dia tu marcha política en la prensa y en la tribuna, y solo te he visto al frente de intrigas vergonzosas. Dime, sino: qué bienes ha reportado el pais de tu intervencion en sus negocios? Cuándo has levantado dignamente tu voz para exigir satisfaccion de los agravios inferidos á nuestra bandera? Qué bálsamo han destilado tus labios sobre las heridas de la patria? A qué establecimientos de enseñanza pública has asociado tu nombre? Qué casas de misericordia has pedido que se construyan para refugio de esas infelices madres, que hoy solo confian á la muerte el secreto de su deshonra?

LUIS. (Ah, qué idea!...) Padre mio, si yo escuchase las inspiraciones de usted, y siguiese el camino que acaba de trazarme, lograria aplacar su enojo, y obtendria su aprobacion. No es cierto?

PEDRO. Seguramente: pero ya es tarde para la enmienda!

LUIS. (*Levantándose.*) Oh, no, señor! Yo le prometo á usted, le juro que hoy mismo alcanzaré uno de esos títulos gloriosos!

PEDRO. No me hagas concebir esperanzas...

LUIS. Está dicho.

ESCENA X.

DON PEDRO. DON LUIS. DON JUAN, *por la puerta primera de la derecha.*

PEDRO. Quién llega?
JUAN. Mi querido tutor!
PEDRO. (*Levantándose.*) Juanito! (*Don Pedro y don Juan se estrechan las manos.*)
JUAN. Por fin nos vemos! Qué alegría!
PEDRO. Siempre afectuoso conmigo, siempre amigo fiel de Luis!... Eres un modelo de lealtad!
JUAN. No merezco tan pomposas alabanzas!
PEDRO. Repito que eres una maravilla!
JUAN. Pues si usted insiste en ese tema, tambien yo recordaré á usted que le debo mas que á mi padre.
PEDRO. Ea, no se hable de eso!
JUAN. Pues no se hable de lo otro!
LUIS. Señor, es menester que usted descanse. Mira, Juanito, condúcele á tus habitaciones.
JUAN. Al momento.
PEDRO. Vamos allá. (*A don Luis.*) No olvides nuestra plática.
LUIS. (*Estrechando una mano á don Pedro, y acompañándole hácia el fondo.*) Cuente usted con lo prometido. (*Vánse don Juan y don Pedro por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XI.

DON LUIS.

Esto es prodigioso! Mi buen padre, que no es hombre político ni entiende de debates parlamentarios, me ha dado íntegra la cuestion que tanta falta me hacía, y que yo tan inútilmente he buscado. Ahí es nada! Una cuestion que sorprenderá al ministro y que de fijo cautivará á la mayoría! No me equivoco: ahora que la buena sociedad de Lisboa está consternada con la repeticion de crímines de cierta naturaleza, deben causar honda sensacion las palabras de un diputado que abogue por el establecimiento de casas de maternidad. Y el pobre ministro de lo Interior, que no ha consignado ni medio

toston en su presupuesto para atender á este humanitario servicio! Le voy á tumbar! No hay remedio! Por las casas de maternidad entraré en el gabinete de los ministros y en el estrado de mi futura esposa la Condesita de Avila. Soberbio!

ESCENA XII.

Dicho. DON JUAN, *por la puerta segunda de la izquierda. Despues,* SILVERIO.

LUIS. Ah! dime, Juanito: se retiró ya Ines?

JUAN. Todavía no me ha salido el susto del cuerpo!

LUIS. Responde.

JUAN. Cómo querías que la hubiese plantado en la calle, sin dejar que la infeliz se tranquilizase un poco? Allá queda en las últimas habitaciones enjugando sus lágrimas, y en cuanto se reponga saldrá por la puerta de escape.

LUIS. Corriente: quedo tranquilo por ese lado, hasta mañana que tomaremos una resolucion definitiva. (*Saca el reló.*) La una! Cómo me han entretenido!.. (*Tira del cordon de una campanilla.*)

JUAN. Vas á la Cámara?

LUIS. Regocíjate, Juanito! Somos dueños de un precioso talisman.

JUAN. De veras?

SILVERIO. (*En la puerta del fondo.*) Quería usía vestirse?

LUIS. Y pronto! (*Entra Silverio por la puerta primera de la derecha y vuelve á salir inmediatamente, trayendo un frac y un sombrero.*)

JUAN. Con qué decías..?

LUIS. (*Vistiéndose.*) Que acabo de hallar la resolucion de un gran problema (*Vase Silverio por la puerta del fondo, llevándose la bata de don Luis.*)

JUAN. Esplícate, hombre!

LUIS. (*Poniéndose los guantes.*) Nada: todo se reduce á embestir al gobierno por retaguardia, cuando está esperando el ataque de frente.

JUAN. Allá veremos como te las compones; porque, á decir verdad, no he comprendido tu plan de campaña.

LUIS. Ven acá, torpe: no se discute hoy el presupuesto del ministerio de lo Interior?

JUAN. Sí.

LUIS. No espera el ministro que yo reclame diminucion de gastos?

JUAN. Seguramente: la oposicion está siempre por las economías.

LUIS. Pues yo voy á desconcertar á mi adversario, sosteniendo que debe aumentarse la cifra del presupuesto.

JUAN. Ahora sí que no entiendo ni pizca!

ESCENA XIII.

Dichos. DON ALFONSO Y DON DIEGO, *por la puerta del fondo.*

LUIS. Oh, mis queridos colegas! (*Da la mauo á los recien llegados.*) Qué os trae por acá?

ALFONSO. Yo vengo á recordarte que ya es la hora de abrirse la sesion. No te detengas, si hemos de dar la batalla.

DIEGO. Pues yo te anuncio que el ministro de lo Interior ha pasado la noche estudiando su presupuesto. No te deslices, si quieres que salgamos vencedores.

LUIS. Me da lástima de ese señor y de sus vigilias! Qué derrota le preparo!

ALFONSO. Dí.

DIEGO. Cuenta.

LUIS. (*Tomando el sombrero.*) Ya sabeis que no puedo detenerme; pero Juanito os informará de todo. Adios, amigos mios! (*Váse por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV.

DON JUAN. DON ALFONSO. DON DIEGO.

JUAN. (Me dá Luis unas comisiones!..)

ALFONSO. Refiérenos el caso, Juanito.

DIEGO. Di: qué hay?

JUAN. Hay que... Regocíjense ustedes! Somos dueños de un precioso talisman!

ALFONSO. De veras?

DIEGO. Con que aseguras?..

JUAN. Que acabamos de hallar la resolucion de un gran problema.

ALFONSO. Esplícate, hombre!

JUAN. Nada: todo se reduce á embestir al gobierno por retaguardia, cuando está esperando el ataque de frente.

DIEGO. No te comprendo.

ALFONSO. Si no cuentas los pormenores del plan de campaña...

JUAN. Venid acá, torpes: no se discute hoy el presupuesto del ministerio de lo Interior?

DIEGO. Si

JUAN. No espera el ministro que reclamemos diminucion de gastos?

ALFONSO. Seguramente: ese es el sistema de la oposicion.

JUAN. Pues nosotros vamos á desconcertar á nuestro adversario, sosteniendo que debe aumentarse la cifra del presupuesto.

DIEGO. Ahora sí que no lo entiendo!

ALFONSO. Eso es absurdo!

JUAN. Qué sabeis vosotros... ni yo tampoco?

DIEGO. Pero, qué pretesto va á tomar Luis?

ALFONSO. Qué idea va á servirle de fundamento?

JUAN. Mis noticias no alcanzan á mas: pero tal vez vosotros adivinareis lo restante por los antecedentes de la cuestion.

DIEGO. Lo sabes tú?

JUAN. Perfectamente. Eso si!

ALFONSO. Pues cuenta.

JUAN. Esta mañana ha venido á visitarnos un señor Baron...

DIEGO. De Pinto?

ALFONSO. El secretario particular del presidente del Consejo?

JUAN. El mismo.

DIEGO. Gran noticia! Y qué ha dicho?

JUAN. Nos há adulado de una manera!..

DIEGO. Eso es que nos teme!

JUAN. Vaya si nos teme! Despues ha confesado que el ministro de lo Interior es un pobre hombre.

ALFONSO. Tiene razon.

JUAN. Y por último nos ha ofrecido una cartera.

DIEGO. Una nada mas?

JUAN. Pues cuántas habian de ser?

ALFONSO. Somos varios los que tenemos posicion ministerial. Ya veo yo que seguiremos en los bancos de la izquierda!

JUAN. Esa no es cuenta mia. Partan ustedes la capa, porque no hay mas que una.

DIEGO. Prosigue tu relacion.

JUAN. Nosotros hemos aceptado la oferta, (esto que voy á decir es muy reservado) bajo la condicion de que nos hemos de casar con la sobrina del presidente del Consejo.

DIEGO. La Condesita de Avila?

JUAN. Precisamente.

DIEGO. Adios, fortuna mia!

JUAN. Qué esclamacion es esa?

ALFONSO. Pues no sabes que nuestro pobre don Diego está locamente enamorado de la Condesita?

JUAN. Qué escucho!.. (He cometido una indiscrecion horrible!) (*A don Diego.*) Tranquilízate amigo mio; porque has de saber que el Baron nos ha dado calabazas; de manera que á estas horas no tenemos novia ni cartera.

DIEGO. Pero Luis es muy tenaz; y como se haya propuesto contraer ese enlace!..

ESCENA XV.

Dichos. DON PEDRO, *por la puerta segunda de la izquierda.*

PEDRO. No puedo descansar con el ruido de la plaza... Ah, señores!.. (*Saluda.*)

ALFONSO. (*A don Juan.*) Quién es este caballero?

JUAN. El señor coronel don Pedro de Apousa, padre de nuestro amigo Luis.

PEDRO. (*Dando las manos á don Alfonso y don Diego.*) Servidor...

ALFONSO. Me apresuro á felicitar á usted por el triunfo que en estos instantes obtiene su hijo en el Parlamento.

PEDRO. Cómo? No sé nada.

DIEGO. Yo le contaré á usted lo que ha llegado á nuestra noticia.

ALFONSO. (*Tomando del brazo á don Juan.*) Pues nosotros nos vamos á la Cámara. Por fortuna está muy cerca de aquí, y creo que llegaremos á tiempo de oir la última parte del discurso de nuestro amigo.

JUAN. Vamos pronto.

ALFONSO. Hasta despues, señor don Pedro.

PEDRO. Adios, señores. (*Vánse don Alfonso y don Juan por la puerta del fondo.*)

ESCENA XVI.

D. PEDRO, D. DIEGO.

PEDRO. Con que usted ha tenido la bondad de quedarse aquí para referirme ese lance parlamentario. Doy á usted infinitas gracias...

DIEGO. No las merezco, porque me he quedado para pedir á usted un favor, y por consiguiente mi detencion es interesada.

Respecto al debate provocado en la Cámara por mi amigo Luis, solo puedo decir á usted lo que cuenta la voz pública. Parece que su hijo de usted es dueño de un precioso talisman.

PEDRO. Cómo?

DIEGO. Es decir, que ha encontrado la resolucion de un gran problema.

PEDRO. No adivino...

DIEGO. Ello es que Luis va á desconcertar al ministro de lo Interior, apoyando, no la rebaja, sino el aumento del presupuesto de gastos. No sé mas.

PEDRO. No nos devanemos los sesos: pronto saldremos de dudas. Con que usted decia que necesitaba...

DIEGO. Si, señor, un favor, que tambien refluirá en beneficio de usted y de su hijo.

PEDRO. Disponga usted de mí.

DIEGO. Estrañará usted seguramente que yo me atreva á molestarle, cuando apenas tengo el honor de conocerle; pero su fisonomía de usted me inspira tal confianza!...

PEDRO. Déjese usted de cumplimientos, y exponga sencillamente su pretension.

DIEGO. Pues bien, señor don Pedro: su hijo de usted intenta casarse con la mujer que yo amo!

PEDRO. No tengo noticia de ese proyecto Pero, dígame usted, ella corresponde al afecto que usted la ha consagrado?

DIEGO. Con alma y vida! Pues si somos el modelo de los amantes lusitanos!

PEDRO. Eso basta para conceder á usted la preferencia. Yo tomaré informes, y cuente usted con mi apoyo, si las noticias que adquiero ratifican las que usted me ha dado.

DIEGO. Qué consuelo para la infeliz!

PEDRO. Es una jóven virtuosa?

DIEGO. Sí, señor.

PEDRO. Pobre?

DIEGO. Pobre precisamente, no, señor. Tiene, para ir pasando, algunos milloncejos...

PEDRO. Hola!

DIEGO. Es la Condesita de Avila, sobrina del presidente del Consejo.

PEDRO. Buen partido!

DIEGO. Esa es mi desesperacion! Yo quisiera que no tuviese ni los parientes que la tiranizan, ni el caudal que será para mí... un grave peso! Mas usted que sin duda desprecia, como yo, esas esterioridades, no mudará de dictámen en este asunto. Usted aconsejará á Luis que renuncie á labrar su propia desdicha, y la de dos tiernos amantes!

PEDRO. Tranquilícese usted, amigo. Ya he prometido á usted mi apoyo.

DIEGO. Sí, señor. A usted deberé que la Condesa de Avila se case conmigo en segundas nupcias!

PEDRO. Es viuda?

DIEGO. No, señor.

PEDRO. Ya: el viudo es usted.

DIEGO. Tampoco.

PEDRO. Pues no entiendo eso de las segundas nupcias!

DIEGO. Es que en primeras la va á casar su tio con el mariscal Milfontes.

PEDRO. Qué me cuenta usted! Pero si usted no ha de enlazarse con la Condesa, qué le importa que se case con el mariscal y no con mi hijo?

DIEGO. Friolera! Su hijo de usted es un jóven que ahora empieza á vivir, y el mariscal es un setenton, al cual se le cantará á la vez el himno epitalámico y la vigilia de difuntos.

PEDRO. Usted no ama á la Condesa.

DIEGO. Pues no digo á usted que tenemos concertadas las segundas nupcias?

PEDRO. Usted no la ama!

DIEGO. Repito que ..

PEDRO. Beso á usted la mano, caballero.

DIEGO. (*Estupefacto.*) Beso á usted... la suya... (*Hace un movimiento de despecho, y vase por la puerta del fondo.*)

ESCENA XVII.

D. PEDRO. *Despues* SILVERIO.

PEDRO. Me he quedado atónito! Ya hay quien elige turno para casarse con una rica heredera. La tabla de probabilidades, el frio cálculo... Qué juventud! Y esos son los amigos de mi hijo? Por ellos nos ha abandonado! No quiero pensar en tales cosas. (*Tira del cordon de una campanilla.*) Aguardemos á saber el resultado de esa sesion tan ponderada.

SILVERIO. (*En la puerta del fondo.*) Qué manda usía.

PEDRO. El bullicio de la plaza no me deja reposar en esas habitaciones. Hay otras mas retiradas?

SILVERIO. Las del señor don Luis. Por aquella puerta. (*Señala á la primera de la derecha.*)

PEDRO. Bien está. Déjame. (*Váse Silverio por la puerta del fondo.*) (*Se dirige don Pedro á la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA XVIII.

DON PEDRO. DON JUAN, *que entra precipitadamente por el fondo.*

JUAN. Albricias, señor don Pedro! Hemos triunfado!
PEDRO. Qué dices?
JUAN. Yo estoy loco de contento! En este debate se ha ceñido Luis una corona!
PEDRO. De verás? Esplícate.
JUAN. Si vengo jadeando!...
PEDRO. Pobre Juan! Has corrido para traerme la noticia?
JUAN. Sí, señor. Verá usted: yo no he oido mas que la recapitulacion y el epílogo del breve discurso que Luis ha pronunciado; pero me han dicho que la fiesta empezó preguntando mi amigo al ministro de lo Interior si admitia un aumento de no sé cuantos millones en el presupuesto de Beneficencia. El ministro contestó que no lo aceptaba, sin poder adivinar que caía en el garlito. Entonces Luis se levantó con noble arrogancia, é increpó al ministro por no haber consignado fondos para establecer casas de maternidad en todas las capitales del reino.
PEDRO. Ah! Me ha cumplido su palabra!
JUAN. Parecia que estaba inspirado! Al principio le oyó la asamblea con temeroso silencio, despues se dejó arrastrar por aquel torrente de elocuencia. Yo entré cuando decia con voz serena y argentina como la de un ángel: « Dios, que penetra en todos los corazones, vé la sinceridad del mio. » A todo esto erguía la cabeza, levantaba los ojos al cielo, y recogia con aire noble la solapa del frac, mostrando el pecho. Pero qué cabeza, qué ojos. . y qué solapa!
PEDRO. Bien!
JUAN. Mas adelante esclamaba: « Vosotros, los que habeis recibido del cielo el don inapreciable de una familia honrada, compadeced á esas infelices víctimas de la seduccion, que solo confian á la muerte su fatal secreto. »
PEDRO. Mis palabras!... Qué satisfaccion experimento!
JUAN. Despues decia indignado: «Todas las naciones civilizadas han establecido estas casas de misericordia. Vivimos nosotros en Europa, ó en una isla salvaje de la Occeanía?» En fin, señor don Pedro, aquello solo fué para visto. Luis tocó todos los resortes imaginables: el sentimiento de la patria, el amor maternal, el grito de la conciencia... Qué sé yo? Los di-

putados aplaudian, las señoras lloraban en las tribunas, el presidente daba cada campanillazo!.. Pues al concluir? Qué entusiasmo! Qué alboroto! Se levantaron todos, menos el ministro de lo Interior, que qnedó petrificado! Por supuesto que el presidente de la Cámara, viendo su autoridad desconocida, y atropellada su campanilla, quiso cubrirse; mas no pudo, porque un secretario se habia sentado encima de su sombrero. Millares de enhorabuenas recibió Luis al salir del salon, que quedó desierto, así como las tribunas; porque el auditorio se disputaba el honor de abrazar á mi amigo.

PEDRO. Pero ves qué triunfo tan legítimo? (*Voces dentro.*) Qué es esto?

JUAN. Toma! Que medio mundo viene acompañando á Luis, y le traen poco menos que en volandas. (*Crece el bullicio.*)

PEDRO. Me vá á matar la alegría!

JUAN. Serénese usted, señor don Pedro. Domine usted su emocion.

PEDRO. Salgamos al encuentro de mi hijo! (*Se dirige al fondo con don Juan.*)

ESCENA XIX.

Dichos. DON LUIS, DON ALFONSO, DON DIEGO *y diez ó doce diputados, por la puerta del fondo.*

LUIS. Padre mio...

PEDRO. (*Abrazando á don Luis.*) Hijo de mi vida!

ALFONSO. Gran victoria!

DIEGO. Completa! (*Bajan todos á la derecha del proscenio.*) (*Aclamaciones en la plaza.*)

PEDRO. Has arrojado una corona sobre el sendero de mi vida, para detener mi pié, que ya resbalaba hácia el sepulcro! Dios te premiará, hijo mio! Qué mal te habia yo juzgado! Perdóname...

LUIS. Calle usted! Si he sido el campeon de los desamparados, á usted pertenece toda la gloria, porque la inspiracion de usted la he recibido.

PEDRO. Qué hidalguía! (*Se repiten dentro las aclamaciones.*)

LUIS. Juanito, despide en mi nombre á esas buenas gentes.

JUAN. (Otra comision!) (*Se asoma al balcon y dirige la palabra al pueblo: don Pedro recibe las felicitaciones de los diputados que están en la escena.*) Ilustre acompañamiento, agradecemos vivamente vuestra entusiasta gritería; pero necesitando reposo despues del discurso qne hemos pronunciado, os pedimos que

desfileis en silencio. Contad siempre con nuestra desinteresada solicitud en bien de los desamparados. (*Toma la actitud de don Luis en la Cámara.*) Dios, que penetra en todos los corazones, ve la sinceridad del nuestro! Buenas tardes. (*Cierra las vidrieras, y se repiten por última vez las aclamaciones.*) No callan los malditos!

ESCENA XX.

Dichos. El Baron de Pinto, *por la puerta del fondo.*

Baron. Dónde está el defensor de las madres? Dónde está el protector de los huérfanos?

Luis. Señor Baron!...

Baron. (*Abrazando á don Luis.*) Bravo, amigo mio! Bravísimo! Optimo! Mi tio está ébrio de entusiasmo!... El ministro de lo Interior, respetando la votacion unánime de la Cámara, ha hecho renuncia de su cartera, que ofrezco á usted en nombre del presidente del Consejo.

Pedro. Dios mio!

Baron. Comprendiendo tambien el marqués de Fonsanta lo que ganará el pais si usted tiene una compañera que le anime en sus empresas humanitarias, no ha vacilado en conceder á usted la mano de mi hermana la Condesa de Avila.

Luis. Qué placer!

Diego. (Qué dolor!)

Pedro. Todos tus sueños se han realizado!

Luis. Si, padre mio! Señor Baron, lleve usted á su ilustre tio el testimonio de mi gratitud, y hágame la merced de decirle que, alentado por tan dulce compañera, desde mañana me dedicaré á la fundacion de las casas de maternidad.

Baron. (*Estrechando la mano de don Luis.*) Qué dicha! (*A los diputados.*) Retirémonos, señores, para que en el seno de su familia pueda entregarse nuestro amigo á la efusion de su alegria.

Pedro. Deteneos un instante! Permitid que satisfaga mi orgullo paternal, bendiciendo en vuestra presencia á este hijo, consuelo de mis aflicciones y honra de mis canas!

Luis. Ah, sí! La bendicion, padre mio! (*Hinca una rodilla en tierra, y besa una mano á don Pedro. Este estiende la diestra sobre la cabeza de su hijo.*)

ESCENA XXI.

Dichos. Ines, *por la puerta primera de la derecha.*

Ines. (*A don Luis.*) Y en esas casas de misericordia habrá un asilo para nuestro hijo y para mí? (*Sorpresa general. Don Luis se levanta espantado al oir la voz de Inés.*)

Luis. (Ira de Dios!...)

Pedro. Inés!!... Ah! comprendo... (*A don Luis.*) Miserable! yo te maldi...

Ines. (*Lanzándose sobre don Pedro y tapándole la boca.*) Ah, nò!... Qué horror! (*Don Pedro cae sin sentido en brazos de don Juan. Inés, postrada en el suelo, abraza las rodillas del anciano. Don Luis se cubre con las manos el rostro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del acto anterior: Es de noche: la sala y la galería del fondo estarán iluminadas con bugías.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS Y SILVERIO, *por la puerta del fondo. Silverio precede á su señor, y se detiene en la puerta para levantar la cortina y hacer una reverencia. Despues quita el sobretodo á don Luis, toma el sombrero, que este le dá, y se dirige á la puerta del fondo.*

LUIS. Silverio?

SILVERIO. Señor?

LUIS. El doctor ha venido?

SILVERIO. Hace pocos instantes.

LUIS. Ha visitado al señor don Pedro?

SILVERIO. Y á la señorita Inés.

LUIS. Qué ha dispuesto?

SILVERIO. Que se levanten, pero que no salgan de sus respectivas habitaciones hasta las nueve.

LUIS. (*Mirando el reló.*) Bien está. Dime: han traido la *Hoja autógrafa*?

SILVERIO. Tres ejemplares.

LUIS. Los has distribuido como te encargué?

SILVERIO. Uno en el cuarto del señor don Juan, otro en la alcoba del enfermo y el tercero en el despacho de usía.

LUIS. Perfectamente. (*Pausa.*) Se ha colocado el altar portátil?

SILVERIO. Eu la antecámara de la señorita Inés. (*Puerta segunda de la derecha.*)

LUIS. Se han repartido las esquelas de convite?

SILVERIO. Sí, señor, todas.

LUIS. Quedo enterádo. Vete. (*Saluda Silverio, y se retira.* Oye!

SILVERIO. Mande usía.

LUIS. Están ya en casa los trajes nuevos de la señorita Inés? Sabes tú?..

SILVERIO. Una de sus doncellas tomó ayer noche ese encargo por su cuenta, y creo que ya está todo corriente.

LUIS. Viste al señor cura? Avisaste al notario?

SILVERIO. Vendrán á las diez en punto.

LUIS. Basta. Retírate. (*Silverio inclina la cabeza ante don Luis, y váse luego por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

DON LUIS.

(*Siéntase en una butaca, junto al velador.*) No hay otro camino!.. El marqués de Fonsanta no lleva á la firma el decreto de mi nombramiento hasta que se efectúe esta boda. La borrasca ha sido tremenda! Mis esplic: ciones han contenido el oleage, mas no lo han deshecho. Todavía puedo naufragar! Ya se vé! Si esto pudiera arreglarse con diez, con veinte discursos..! Pero esos hombres, que ayer me tenían por un oráculo, mueven hoy la cabeza con aire de incredulidad, y me dicen: Queremos obras, y no palabras. Yo les daré lo que piden! Yo subiré á mi trono! Ay de los que me han vuelto la espalda!

ESCENA III.

DON LUIS. DON JUAN.

JUAN. (*Dentro.*) Luis? (*Sale apresuradamente por la puerta del fondo, con una hoja litográfica en las manos.*) Luis, sácame de esta horrible situacion!

LUIS. Qué te pasa?

JUAN. (*Andando de un lado para otro.*) Esto es inícuo! Esto es abominable!

LUIS. No des voces.

JUAN. Qué calumnia!.. Pero tú la desmentirás mañana en todos los periódicos, y nos batiremos á todas armas, y acudiremos á todos los tribunales!

LUIS. Qué algarabía es esa?

JUAN. Estraña pregunta! No has leido la *Hoja autógrafa*?

LUIS. No.

JUAN. No?

LUIS. Repito que no la he leido.

JUAN. Ni yo! Estas atrocidades no pueden estar escritas! Sin duda he soñado!.. Mira: voy á leerte un párrafo, á ver si dice lo mismo que antes. Qué absurdo!

LUIS. Ya te oigo.

JUAN. (*Dando vueltas al papel.*) Aquí! No, el principio no ha variado! Dice así: (*Lee.*) «Asunto es hoy de todas las conversaciones el singular suceso ocurrido ayer tarde en casa del señor diputado don Luis de Apousa. En el momento en que este insigne orador recibia los plácemes de sus amigos y las bendiciones de su familia por el brillante discurso que acababa de pronunciar en la Cámara en favor de las madres desvalidas, se encontró frente á frente con una jóven que le demandaba asilo para sí y para su hijo en las nuevas casas de misericordia. La inesperada aparicion de aquella infeliz madre y los términos ambiguos de su peticion, impresionaron de tal manera al anciano coronel don Pedro de Apousa, padre de nuestro diputado, que cayó sin sentido en brazos de uno de los circunstantes.» En los mios! «Apoderóse tambien de la jóven un temblor convulsivo que la privó del habla por algun tiempo; y estos fatales accidentes fueron causa de que los espectadores se retirasen sin poder aclarar una absurda sospecha, que no consignamos aquí, por no menoscabar en lo mas mínimo la alta y merecida reputacion que goza el fundador de las casas de maternidad.»

LUIS. Hasta ahora no encuentro motivado tu asombro.

JUAN. Pronto me lo dirás: escucha. (*Lee.*) «Afortunadamente no han transcurrido muchas horas sin que las averiguaciones practicadas por los amigos del señor de Apousa, hayan ofrecido en último resultado la mas lata, sencilla y satisfactoria esplicacion del acontecimiento. Parece que el seductor de la jóven era uno de los que presenciaron la escena lamentable que hemos referido: un amigo íntimo de don Luis de Apousa llamado don Juan Penaes»... Qué me dices?

LUIS. Nada.

JUAN. Pero este don Juan soy yo!

LUIS. Y qué?

JUAN. Ni siquiera esclamas; oh, amigo mio!

LUIS. Pues bien: oh, amigo mio! Prosigue.

JUAN. (*Leyendo:*) «La conducta de este caballero no es tan censurable como parece á primera vista. Consta por declaracion de muchos testigos que todos los dias visitaba á la mencionada jóven, dejándole en su pobre vivienda los recursos necesarios: nadie ha puesto en duda que estaba decidido á reparar su falta, cuando mejorase su posicion social.» Ahí tienes una verdad paseándose del brazo con una mentira! «El señor don Luis de Apousa ha tomado bajo su proteccion á estos desventurados amantes, y con un celo, que acredita su moralidad y la rigidez de sus principios, ha terminado en todo el día de hoy los preparativos de la boda, que irremisiblemente se verificará esta noche.» (*Arruga el papel, y lo guarda.*) Qué horror! (*Pasea con las manos en la cabeza. Don Luis juega con la cadena del reló.*) Supongo que vas á escribir en seguida un comunicado, que nosotros dos firmaremos...

LUIS. Cómo quieres que me desmienta á mi mismo?

JUAN. (*Asombrado.*) Pero eso es decir!..

LUIS. Claro está! Que yo he escrito esas líneas.

JUAN. (*Estupefacto.*) Luis!.. Dios mio, yo quiero morirme!

LUIS. Déjate de aspavientos!

JUAN. Qué he hecho yo para que me trates de esta suerte? Porqué escribes contra tu amigo libelos infamatorios? Porqué me tiras á la cabeza tu muger y tu hijo? Qué género de locura es este?

LUIS. Oyeme, Juanito.

JUAN. No te oigo! Te he cobrado miedo! Tus palabras me fascinan!

LUIS. Siéntate á mi lado.

JUAN. No, Luis...

LUIS. Pronto! (*Don Juan toma una silla y se sienta en medio del proscenio.*)

JUAN. Aquí estoy bien. Dí lo que quieras, pero ten entendido que no consentiré jamás en ese absurdo matrimonio.

LUIS. Convienes, Juan, en que el escándalo de anoche fué muy grave?

JUAN. Convengo.

LUIS. No te parece que estoy perdido?

JUAN. No estás muy ganado.

LUIS. Lo dices con una impasibilidad..! No tienes compasion de tu amigo?

JUAN. Vaya si tengo..! Pobre Luis! (*Acerca poco á poco su silla á la butaca de don Luis.*)

LUIS. Dime, Juanito; si te vieses en un lance apurado, del cual solo yo pudiera sacarte, vacilarias en reclamar mi auxilio?

JUAN. No, por cierto.

LUIS. Pues eso he hecho yo.

JUAN. Tú quieres un imposible! Mira, Luis; yo haré por salvarte... otra cosa cualquiera. Hay mil medios!..

LUIS. Propon uno nada mas que tenga las condiciones del que he imaginado, y verás como lo acepto.

JUAN. Qué diantre!.. El que dice mil medios...

LUIS. No dice ninguno.

JUAN. En fin yo no puedo hacer lo que tú me exijes. La amistad no obliga á tanto.

LUIS. La amistad! No profanes esa palabra con que se designa un sentimiento que tú no has conocido. La verdadera amistad se alimenta de sacrificios! La que solo se funda en la conveniencia y en las utilidades no es amistad, sino vil comercio!

JUAN. Vamos, no te exaltes!

LUIS. Y despues de todo: qué sacrificio es el que yo te exijo?

JUAN. Ahí es un grano de anís!

LUIS. Que seas, nada mas que en el nombre, esposo de Inés. La sociedad pide solo que se cubran las apariencias, y agradece el engaño. Efectuada la ceremonia del enlace, Inés se retiraria á Aveiro en compañía de mi padre, y nosotros viviriamos siempre en Lisboa.

JUAN. Del mal el menos. Pero no, señor! De todas maneras es una atrocidad!

LUIS. Si yo no te insto! Puedes hacer lo que te acomode. Es cierto que no estás enamorado de mujer alguna, que no ocupas una posicion elevada, que solo aspiras á vivir á mi lado; en una palabra: que nada perderás contrayendo ese enlace. Y yo? Ah! Yo perderé la mano de la Condesa, el puesto ministerial que ayer me ofrecian, la reputacion que he adquirido... todo, todo! hasta la vida!

JUAN. (*Estrechándo una mano á su amigo.*) Eso no, Luis mio!

LUIS. Quita! No pienses alucinarme con un dolor fingido! Haz lo que te convenga. Una sola palabra tuya, un « sí » daría buena fama á Inés, á mi padre alegría, á mi fortuna, poder y riquezas. No pronuncies esa palabra... No la pronuncies! Escucha solamente los consejos de tu vanidad y de tu egoismo.

JUAN. Calla por Dios! No ves que me estás martirizando?

LUIS. Recoja usted un huérfano, que no tenga mas amparo que el del cielo! Dele usted hogar y familia! Parta usted con él su pan y su corazon! Para qué? Para que llegue un dia en que, pudiendo salvar la vida y la honra de su bienhechor, se encoja de hombros y vuelva la espalda el ingrato!

JUAN. Mátame, Luis; pero no me digas esas cosas!... Qué quieres que haga para probarte mi amistad?

LUIS. Lo que te he pedido.

JUAN. (*Levantándose.*) Luis, escucha; en mi sana razon no haré jamás lo que me propones, pero no es difícil trastorna

el juicio. Esta noche habrá en casa ambigú con motivo de la boda?

LUIS. Es de rigor.

JUAN. Pues bien: yo ahogaré mi conciencia en las copas del champagne. Beberé como un tudesco! Me embriagaré de seguro! Cójeme tú en ese estado, y haz de mí lo que quieras. No puedo obligarme á mas! (*Se aleja.*) Qué comision!... (*Váse por la puerta segunda de la izquierda.*)

ESCENA IV.

DON LUIS. *Luego* ANA.

LUIS. Hará cuanto yo le ordene. (*Se levanta.*) Este ya es mio! (*Se acerca á la puerta segunda de la derecha, y tira del cordon de una campanilla.*) No hay que perder un momento.

ANA. (*En la puerta segunda de la derecha.*) Llamaba usía?

LUIS. Anita, está visible tu señora?

ANA. Pasaré recado.

LUIS. Dile que deseo hablarle con urgencia. (*Váse Ana.*) Cómo se eslabonan las desdichas! No me hubiera yo creido capaz de...! Y no hay remedio ! En este fatal camino pararse es perecer... Adelante!

ESCENA V.

DON LUIS. INES, *por la puerta segunda de la derecha.*

INES. Aquí estoy, Luis.

LUIS. Ah! Tenemos que ocuparnos de asuntos muy graves.

INES. Es verdad!

LUIS. (*Tomando una mano á Inés.*) Ven acá, Inesita. Siéntate á mi lado. (*Siéntanse ambos á la izquierda del proscenio.*)

INES. Ya te escucho.

LUIS. Has repasado en tu memoria las palabras que pronunciaste anoche?

INES. Sí.

LUIS. Y estás satisfecha de tu conducta?

INES. No.

Luis. Sabes que me has infamado en presencia de todo el mundo? Sabes que me has perdido para siempre?

Ines. Perdóname, Luis!... Yo no supe entonces lo que hacía. Oculta en esa habitacion, oí, como tú, los plácemes de tus amigos, los elogios de tu padre, las aclamaciones de la muchedumbre. Devoraba yo en silencio mi amargura, sin que me ocurriese turbar tu regocijo, cuando entró un caballero en esta sala, y, despues de felicitarte como los demas, te ofreció la mano de no sé qué condesa. Tú la aceptaste, Luis...! Oh, tus palabras cayeron como plomo derretido sobre mi corazon! Perdí la vista... Un vértigo se apoderó de mi cabeza... y me lancé en medio de todos á desbaratar tus proyectos!

Luis. Si yo hubiera imaginado...!

Ines. Mas tarde reflexioné un poco, y me asombró el recuerdo de mis espresiones! Si yo pudiera enmendar mi falta...!

Luis. Estás dispuesta á ello?

Ines. Aun á costa de mi vida!

Luis. No pido tanto!

Ines. Exígeme cualquier sacrificio. Di que estoy loca! Todos lo creerán... Yo misma lo voy creyendo!

Luis. Eso no basta. Es preciso que yo me salve y que tú vuelvas honrada á Aveiro. Para conseguirlo dirás á mi padre y á todo el mundo que tu queja era fundada, pero que no iba dirigida á mí, sino á otra persona.

Ines. (*Admirada.*) Á quién?

Luis. Á Juanito, por ejemplo.

Ines. (*Asombrada.*) Qué has dicho? Yo he comprendido mal... Tú no puedes haber indicado...

Luis. Sí, un enlace...

Ines. (*Levantándose indignada.*) Santo Dios! Qué me propones?... Á mí! Á la madre de tu hijo!... No tienes corazon!

Luis. (*Dejando su asiento.*) Escucha, Inés.

Ines. Vas á decirme que no te basta mi deshonra y quieres mi envilecimiento? Eso, jamás!

Luis. Considera...

Ines. Cuando yo renunciaba mis derechos, cuando estaba dispuesta á fingirme loca por salvar tu reputacion, tú me exiges!... Oh! Este pensamiento me va á quitar la vida!

Luis. Inés, tú diste el escándalo, y tú debes sufrir sus consecuencias. Sin embargo, la obligacion que yo te impongo es suave y llevadera: no se trata mas que de una ceremonia que á tí y á mí nos ha de devolver nuestro crédito social. Si no ejecutas mi designio, yo sucumbiré.....; pero cuenta con mi venganza!

Ines. Tu venganza?

Luis. La que ha infamado públicamente al padre, ha perdido los derechos que tenia sobre el hijo. No le verás mas.

INES. Qué oigo!... Mi hijo!... Dónde está mi hijo?

LUIS. En mi poder.

INES. Me lo has robado? Ah, cruel!... Devuélmelo al punto! Es mio! Lo entiendes? Nada mas que mio!

LUIS. Te he dicho que no le verás mas.

INES. (*Cogiendo un brazo á don Luis.*) Inhumano! Tú me le darás! Pues no sabes que por él vivo? Que Dios me ha enviado ese ángel para que me fortalezca? Hijo de mis entrañas! Morirá en faltándole el calor de mis besos y el rocío de mis lágrimas! Oh! Tú me le devolverás! Ten compasion de una madre!... Te lo pido por la memoria de la tuya!

LUIS. (*Aterrado.*) De mi madre!.. (*Momentos de silencio.*) Tienes razon: yo no puedo arrebatarte tu hijo. Sírvale de escudo la memoria que has invocado! Es mi único freno!... la única luz que penetra en mi conciencia!... Inés, quiero ser franco. Soy el causante de todas nuestras desdichas. He creido acercarme á la felicidad cuando huia de ella! Lo sé; pero he andado mucho camino, y no puedo volver atrás.

INES. Sí, Luis!...

LUIS. No, no puedo. Estoy decidido á marchar adelante, y necesito romper la barrera con que anoche me cerraste el paso... Romperla ó estrellarme contra ella! Inés, esa boda se ha de realizar, ó yo he de morir! (*Abre una caja que está sobre el velador, y saca un par de pistolas.*)

INES. Qué dices, Luis! Qué intentas!..... (*Viendo las armas.*) Ah!

LUIS. Silencio! Voy á ocultarme detrás de esa cortina. (*La del balcon, que ha de estar corrida.*) Dentro de poco vendrá aquí mi padre...

INES. Cielos!

LUIS. (*Despues de mirar rápidamente el reló.*) Sí: dentro de un instante! Tú le dirás... lo que quieras; pero ten por seguro que si no afirmas lo que deseo, dejaré de existir!

INES. Qué horror! (*Coge á don Luis de un brazo.*) No te ocultarás! No me separaré de tí!

LUIS. (*Andando con Inés hácia la derecha del proscenio.*) Inés, esa boda ó mi muerte! (*Se zafa de las manos de Inés, corre hácia la izquierda, y se esconde detrás de la cortina del balcon.*)

INES. Detente, Luis! (*Se dirige á la izquierda con pasos vacilantes, y al llegar al velador cae sobre una butaca.*) Dadme fuerzas, Dios mio! (*Ábrese la puerta primera de la derecha.*)

ESCENA VI.

Dichos: D. PEDRO.

PEDRO. Ah, Inés! He salido á buscarte... Hasta ahora no me han permitido abandonar el lecho. Deseaba tanto hallarme á solas contigo! Pero qué tienes? No me hablas?... Ah, comprendo! Temes que yo?... No, hija mia! Mi cólera ha caido ya sobre la cabeza del culpable. (*Coge una mano á Inés.*) Para tí solo reservo mi compasion! Pobre criatura! Mucho has debido sufrir! Por Dios, tranquilízate! Siento esta mano fria como el hielo. Dime, no ha llegado á tu noticia la nueva farsa que ha ensayado tu seductor? Oh, sí! La llamo farsa, y farsa inícua, abominable! No puede ser otra cosa. En un diario de la córte la he hallado. Pero, no me respondes?

INES. Ah, si, señor don Pedro!... En un diario?... No sé... No entiendo...

PEDRO. Ese intrigante me hará perder el seso! Figúrate que. . Pero no te sobresaltes, hija mia. Yo estoy aquí para defenderte! Para desbaratar los planes de ese insensato!

INES. Gracias!...

PEDRO. Decia que Luis ha apelado á una calumnia para salvarse, haciendo correr la voz de que tu amante es su amigo Juan; y ha tenido la osadía de anunciar en un periódico que esta misma noche se verificará tu boda con el pobre huérfano. Has visto mayor perfidia?... Mas qué es esto? No me oyes?...

INES. Sí, señor...

PEDRO. No te asombra, no te indigna esa calumnia?

INES. A mí?... Por qué?...

PEDRO. Inés... Vamos, tú no has comprendido...

INES. Usted padece... un error.

PEDRO. Yo? Pues qué, tú aseguras?...

INES. Que Luis... está inocente!

PEDRO. Dios mio!... Tú tambien? No te creo! Sobre tí está pesando una diabólica influencia! Una mano invisible!

INES. No, señor! Hablo con entera libertad.

PEDRO. No has de engañarme! Olvidas que yo estaba presente cuando á Luis te dirigias?...

INES. Pidiéndole un asilo; sí, señor.

PEDRO. Dijiste: «para nuestro hijo!»

INES. Sí, señor; mirando á Juan.

PEDRO. A Juan? (Será posible?... No, no! La sorpresa, el terror de mi hijo... Aquí hay un misterio impenetrable!) Inés,

vas á decirme la verdad; estás obligada á ello. No soy yo quien te interroga. Por mis labios te habla tu desventurado padre!

INES. Ah, padre mio!

PEDRO. Al morir me trasmitió su autoridad. Yo puedo perdonarte, ó maldecirte en su nombre! Dí la verdad, hija mia!

INES. (*Levantándose.*) Sí, sí! Es mi principal deber!

PEDRO. Conque la narracion de ese periódico?...

INES. Todo es...

PEDRO. Calla! No estamos solos...

INES. Creo que sí.

PEDRO. Ha sonado un resorte...

INES. (Ah!...) No he oido...

PEDRO. Me habré engañado. Conque lo que he leido en ese periódico?...

INES. Todo es verdad, señor don Pedro! Todo, todo!

PEDRO. (Ya no sé qué pensar!...) Luego es tu seductor Juanito?

INES. Sí, señor.

PEDRO. Y estás dispuesta á casarte con él?

INES. Sí, señor.

PEDRO. Esta misma noche? Dentro de una hora?

INES. Sí, señor.

PEDRO. Corriente. (*Va á la puerta segunda de la derecha y tira del cordon de la campanilla.*

INES. (Perdon, padre mio!) (*Se deja caer en la butaca.*)

PEDRO. (Veremos si resiste á esta prueba.)

ESCENA VII.

Dichos. ANA, *por la puerta segunda de la derecha.*

ANA. Señor?...

PEDRO. Acompaña á la señorita Inés á su tocador. Tiene que vestirse inmediatamente.

ANA. Está muy bien. (*Inés llama con la mano á su doncella para que la ayude á levantarse. No pudiendo conseguirlo, á pesar de este apoyo, acude tambien don Pedro á sostenerla.*)

PEDRO. Qué es eso, hija mia? Te sientes mala?

INES. (*Levantándose con el auxilio de don Pedro y de Ana.*) No sé... He perdido las fuerzas... Será un vahido.

PEDRO. Iré contigo hasta tu tocador. (*Inés, sostenida por don Pedro y Ana, atraviesa lentamente el escenario. Vanse los tres por la puerta segunda de la derecha.*)

ESCENA VIII.

Sale Don Luis, *abriendo las cortinas. Luego* el Baron, Don Diego y Don Alfonso.

Luis. Esta noche el enlace de Inés y Juanito: dentro de tres dias mi boda con la Condesa! (*Deja las pistolas en su sitio, y cierra la caja.*) Mi estrella no se ha eclipsado! (*Ve al Baron, á don Alfonso y á don Diego en la antesala, y corre á recibirlos.*) Amigos mios! Señor Baron!... (*Le da la mano.*) Viene usted á honrar esta humilde fiesta de familia?

Baron. Me ha encargado mi tio que presencie el casamiento...

Luis. (*Con malicia.*) Ya!... Pasemos al salon, señores! Por aquí. (*Vanse los cuatro por la izquierda del fondo. Varios convidados atraviesan la antesala en la misma direccion.*)

ESCEÑA IX.

Don Pedro, *por la puerta segunda de la derecha.*

Fria é insensible como el mármol, está dejándose engalanar por sus doncellas. Pronunciará el juramento...? En ese caso tendré que pedir otra vez perdon á mi hijo. Oh! Esta duda insoportable vá á poner fin á mi quebrantada existencia! Pero si no es posible! Cómo he de creer yo que Juanito, tan pusilánime, tan respetuoso, tan morigerado...? El reverso de la medalla de Luis, por desgracia mia! No, no! Juanito no es el culpable! Todavía recuerdo aquella fiesta campestre, en que hallé á mi hijo beodo, y turbando los sencillos placeres de las aldeanas; en tanto que Juanito, sin llevar la copa á los labios, presenciaba con rubor los desmanes de su amigo. Siempre ha sido modesto, sóbrio...!

ESCENA X.

Dicho. Don Juan, *un poco ébrio, sale por la puerta segunda de la izquierda dando un tropezon.*

Juan. Maldita puerta!...

Pedro. (Qué veo!)

Juan. No he tenido paciencia para aguardar á que circulasen las bandejas... y me he colado en la repostería. Vaso vá, y vaso viene... Ya estoy dispuesto á casarme, aunque sea con la sombra de Nino!

Pedro. (En qué estado se encuentra! Voy creyendo!...)

Juan. No hay remedio... Iré alegre al altar... (*Compungido.*) Pero mañana!... (*Reparando en su tutor.*) Hola, señor don Pedro!

Pedro. (*Cogiéndole de un brazo.*) Ven acá, hipócrita. Bien me has engañado! Con que tú eres el seductor de Inesita?

Juan. Yo...?

Pedro. Ah! No es verdad...?

Juan, Sí, es verdad! Yo soy. (*Dándose un golpe en el pecho.*) Acúsome, padre!

Pedro, Y para solicitar mi perdon te has embriagado?

Juan. No, señor!... Para casarme.

Pedro. Qué quieres decir con eso?

Juan. Que el vino infunde valor... Y yo necesito tanto! Mire usted, tutorcito: no hay bebida tan fuerte como lo que voy á hacer dentro de un instante. Eso si que es fuerte!

Pedro. (Ah! qué rayo de luz!) Juanito, nosotros debemos hablar con entera confianza. Ven hácia este lado. (*Se lo lleva á la izquierda del proscenio.*)

Juan. Yo iré adonde usted guste, pero no despegaré mis labios.

Pedro. (*Sentándose á la derecha del velador, y señalando á don Juan un taburete, que está á la izquierda.*) Siéntate ahí.

Juan. Yo me sentaré donde usted quiera, pero no diré esta boca es mia. (*Toma asiento.*)

Pedro. Reservado conmigo!... Tú me ofendes, Juan! Lo sabes?

Juan. No sé mas sino que me caso... Ojalá no lo supiera!

Pedro. Así manifiestas tu arrepentimiento? No has comprendido nunca el amor de la familia! Una esposa, un hijo...

Juan. (*Con terror.*) Un hijo!... Yo he bebido poco... Necesito beber mas!

Pedro. Dices bien: bebamos. (*Vuelve la cara al fondo, y vé á un criado, que atraviesa la antecámara con una bandeja llena d*

grandes copas. (Oye! Aquí. (*Entra el criado y se acerca al velador.*)

JUAN. Eso me gusta!

PEDRO. (*Tomando una copa.*) Ponche.

JUAN. Á mí dos copas! (*Vase el criado, despues de dejar tres copas sobre el velador.*)

PEDRO. (Dos copas... Tú hablarás!) Esto alegra el corazon! Á la salud de tu...

JUAN. No brinde usted!

PEDRO. Por qué?

JUAN. Porque no estoy acostumbrado... y temo que el brindis se me suba á la cabeza! (*Apura don Juan una copa.*) (*Don Pedro no hace mas que tocar con los labios á la suya.*)

PEDRO. Qué néctar!... Con que deciamos...

JUAN. No recuerdo.

PEDRO. Sí, hombre: yo te estaba hablando...

JUAN. Ah, sí, señor! Del nieto.

PEDRO. El nieto de quién?

JUAN. Toma!... Qué sé yo?... Con un vaso de ponche en el estómago y otro en la mano no se pueden formar buenos árboles genealógicos. Bebamos, señor don Pedro!

PEDRO. Sí, Juanito, bebamos! (*Beben como antes.*)

JUAN. Pues me ha de llevar el diablo, que me lleve en coche! Es decir: en cuba.

PEDRO. Y por qué te ha de llevar? No es una accion buena y meritoria la que tú ejecutas, sacrificándote por tu amigo?

JUAN. Eso digo yo!... No: yo no digo nada! Vaya, que tiene usted unas ocurrencias!...

PEDRO. Pero no ves, pedazo de alcornoque?...

JUAN. Muchísimas gracias!

PEDRO. No ves que estoy en connivencia...?

JUAN. Con Luis?

PEDRO. Para obligarte...

JUAN. Á casarme con Inesita?

PEDRO. Porque de este modo...

JUAN. Recobrará mi amigo su buen nombre.

PEDRO. Y ademas...

JUAN. Será nombrado ministro.

PEDRO. Y ademas...

JUAN. Se casará con la Condesa.

PEDRO. Y esto es tan evidente...

JUAN. Como que Luis ha inventado...

PEDRO. Sí, la fábula...

JUAN. Que ha aparecido esta noche en la *Hoja*...

PEDRO. *Autógrafa*. Y solo así se esplica...

JUAN. La violencia que contra mí ha ejercido...

PEDRO. Para reducirte...

JUAN. Al doloroso extremo de tener que aceptar una mujer postiza, logrando así que mi amigo deje de llamarme ingrato, y que no atente contra su vida. Vaya, vaya, señor don Pedro! Si usted lo sabe todo, á qué me dirige tantas preguntas? Tampoco ignorará usted...

PEDRO. (*Levantándose repentinamente y cogiendo á don Juan por el cuello.*) Que eres un imbécil!

JUAN. (*De pié, sosteniéndose con dificultad.*) Señor, qué furia es esta?...

PEDRO. (*Llevándose á don Juan violentamente hácia la derecha del proscenio.*) Ven aquí, mentecato!

JUAN. Ay, lo estaba temiendo!... Usted ha bebido demasiado!...

PEDRO. Entra en esa habitacion. (*Puerta primera de la derecha.*)

JUAN. Misericordia!...

PEDRO. Silencio!... Haz lo que te mando. Y no has de moverte, no has de respirar siquiera! Cuenta conmigo!

JUAN. Por Dios! (*Vase don Juan por la puerta primera de la derecha, empujado por don Pedro, que cierra luego, dando una vuelta á la llave.*)

PEDRO. Su extremada bondad es casi tan funesta como la depravacion de mi hijo. Ya soy dueño de este horrible secreto!... Voy á prevenir á Inés. (*Vase por la puerta segunda de la derecha.*)

ESCENA XI.

DON LUIS, DON ALFONSO, DON DIEGO, EL BARON *y los demas convidados, por la puerta del fondo.*

LUIS. Adelante, señores. Deseo que todos mis amigos presencien esta ceremonia. Como padrino de los contrayentes, doy á ustedes infinitas gracias por haber aceptado la invitacion que les dirigí hace pocas horas.

BARON. No hay motivo para tanto agradecimiento. Vale mucho la honra que recibimos acercándonos al hombre en quien todo Portugal tiene puestos los ojos.

ALFONSO. Tambien hemos querido participar de la alegría que experimenta sin duda nuestro excelente amigo Juanito.

DIEGO. Y dónde está? No le hemos visto en el salon!...

LUIS. Cierto... He notado su falta... Creí que le encontraríamos en estas habitaciones!...

Baron. Es cosa particular!...

Luis. No lo cstrañe usted, señor Baron! Juanito ha pasado el dia disponiendo su boda, y no ha tenido tiempo de vestirse y acicalarse hasta ahora. Esta debe ser la causa de su tardanza. Si ustedes me permiten, yo mismo iré á su cuarto...

Baron. Usted es muy dueño!...

Luis. Le traeré .. (Por una oreja!) (*Vase por la puerta segunda de la izquierda.*)

Alfonso. Mas impaciente está el padrino que el novio. No he visto caso igual!

Diego. Oh, sí! Yo he visto varios.

ESCENA XII.

Dichos. Don Pedro, *por la puerta segunda de la derecha.*

Pedro. Señores, doña Inés aguarda al pié del altar á su prometido.

Baron. Pues será preciso suspender la ceremonia. Sabe usted, caballero, que el novio no parece?

Pedro. Ya le encontraremos!

Alfonso. Dónde está? (*Aparece don Luis en la puerta segunda de la izquierda.*)

Pedro. (*Señalando á su hijo.*) Miradle!

Baron. Don Luis?...

Diego. Don Luis va á casarse con doña Inés?

Luis. Eh!... Quién dice eso?...

Pedro. Yo! (*Murmullos.*)

Ines. Padre!...

Pedro. Sí, tus víctimas, á pesar de su resignacion, me han confesado la verdad!

Luis. Señores, mi padre está mal informado... Yo protesto!...

Pedro. Señores, mi hijo ha seducido y abandonado á esa infeliz jóven que ayer en presencia nuestra le echó en cara su maldad y su hipocresía!

Luis. Calle usted, señor! Me está usted arrebatando mi fortuna, mi honra!

Pedro. Estoy arrancándote la máscara!

Luis. (*Corriendo de unos para otros.*) Han abusado de la credulidad de mi padre!... Le han engañado! Este es un lazo que me tienden mis enemigos políticos!

Pedro. Farsante!

Luis. Por piedad!

PEDRO. El enlace que has proyectado es un insulto dirigido al cielo y á la tierra; una farsa que la ambicion y la codicia han inspirado á ese corazon empedernido; insulto y farsa que Dios castiga por mis labios. Esta es la verdad. Huid de ese hombre y no le compadezcais. Compadeced á un padre que para salvar á su hijo ha tenido que deshonrarle! (*Esclamacion general de asombro.*)

LUIS. (*A su padre.*) Qué ha hecho usted! (*El Baron.*) Señor Baron, el respeto me impide contestar á esas acusaciones.... Pero usted me hará la justicia de creer que yo!... Por Dios, que no sepa la verdad el presidente del Consejo!

PEDRO. (*Con mucha energía.*) Ah; la conciencia te ha vendido!

LUIS. (*Aterrado*) Oh!!...

BARON. Señor de Apousa, yo doy crédito á las palabras de este respetable anciano. Por consiguiente aconsejaré á mi tio que no dé curso á la dimision presentada por el ministro de lo Interior, que es un hombre en quien todo Portugal tiene puestos los ojos. (*Saluda, y vase por la puerta del fondo.*)

LUIS. Ves esto, amigo Alfonso?

ALFONSO. Permíteme que guarde silencio. (*Hace lo mismo que el Baron.*)

LUIS. Todos me abandonan!... No lo digo por tí, Diego. Tú eres mi mejor amigo!

DIEGO. Y te felicito porque ha fracasado tu enlace con la Condesa, que me ama con delirio. Ten por seguro que te hubiéramos hecho, á nuestro pesar, muy desgraciado! (*Sigue el ejemplo del Baron y de don Alfonso.*)

LUIS. Miserables!... (*Apoya los codos sobre el espaldar de la butaca que está á la derecha del velador, y se cubre el rostro con las manos.*) (*Vánse todos los convidados por la puerta del fondo.*) (*Don Pedro se acerca lentamente al balcon, deteniéndose á la izquierda del velador, un poco mas atrás que su hijo.*)

ESCENA XIII.

DON LUIS. DON PEDRO.

LUIS. No me resigno! Mis recursos son inagotables. (*Vuelvese por la derecha á mirar al fondo.*) Señores... Ah! Me han abandonado todos esos aduladores! Mi fortuna llegó á su ocaso! No puedo vivir!. . No viviré ni un minuto mas! (*Abre la caja de las pistolas. Don Pedro la cierra de golpe.*)

PEDRO. Qué vas á hacer, desdichado?

LUIS. Ah!... Usted es el único, que no se ha ido!

PEDRO. Yo soy tu padre!

LUIS. Gócese usted en su obra!... Mi perdicion!

PEDRO. No, yo te he salvado, abriéndote las puertas del arrepentimiento!

LUIS. Ya es tarde para eso! Déjeme usted morir!

PEDRO. No blasfemes, hijo! El cielo no te ha enviado su luz para que del sueño de los vicios pases al de la muerte! Ahora empieza tu vida!

LUIS. A Dios pluguiera!

PEDRO. No lo dudes. Endereza tus pasos por el camino de la expiacion, y tu misma conciencia te dará el premio. Si tienes valor, haz por vivir. Yo te creía perverso, pero no cobarde!

LUIS. (*Con arrogancia.*) Yo cobarde!...

PEDRO. Rechaza con tus obras esa acusacion! Refrena los malos instintos que hasta ahora te han dominado. Triunfa de tí mismo. Esa es la mayor victoria del hombre! (*Coge el estuche de las pistolas, y pasa á la derecha de don Luis.*) Allí te esperan. (*Puerta segunda de la derecha.*)

LUIS. Ya todo me es indiferente. Disponga usted como guste de mi mano.

PEDRO. No quiero que esta reparacion te sea indiferente, sino muy grata! Ven conmigo. (*Llega solo hasta la puerta segunda de la derecha, y se vuelve de cara á don Luis, que permanece inmóvil junto al velador.*) Luis, no me sigues? (*Momentos de silencio.*) Por última vez, Luis: cumple tu deber. Tu hijo te lo suplica al pié de ese altar; tu madre te lo ruega desde el cielo!

LUIS. Madre mia!... Es forzoso! (*Vánse don Pedro y don Luis por la puerta segunda de la derecha.*)

ESCENA XIV.

EL BARON. D. ALFONSO *y* D. DIEGO, *por la puerta del fondo. Los tres traen puestos sus abrigos y sombreros.*

DIEGO. Venid acá.

ALFONSO. Dónde nos quieres meter?

BARON. No perdamos tiempo, señores, si hemos de ser los primeros que cuenten el lance en el Casino. Qué tenemos ya que hacer en esta maldita casa?

DIEGO. Todavía no sabemos si se casará ese pobre diablo con la cuitada y menesterosa doncella. Me importa mucho averiguar el caso!

BARON. Pues qué ha de hacer Luisillo sino casarse, ó colgarse de una viga?

DIEGO. No le conocen ustedes. Es travieso como él solo! Capaz le creo de inventar otra fábula, que le devuelva su prestigio. Repito, señor Baron, que todavía nos ha de dar malos ratos.

BARON. A mí no! Ya sabe usted que yo siempre he sido amigo leal del señor don Luis,,.!

ALFONSO. Desechen ustedes esos temores! Ya no le levanta ni la caridad!

DIEGO. A propósito, señor Baron: ahora que está roto el compromiso de ese pelele con su hermana de usted, supongo que la bella Condesita de Avila dará su mano al mariscal Milfontes.

BARON. No, amigo mio: el mariscal está oleado, y probablemente espirará está noche.

DIEGO. No sabia nada! Algun ataque de gota?...

BARON. Aquello es mas que gota!

DIEGO. Llamemosle chaparron. No puede usted figurarse lo que me alegra la noticia!

BARON. Porque?

ALFONSO. Señores, vamonos pronto! Aquí vuelve don Luis!

DIEGO. No sabemos si vendrá casado...

ALFONSO. Pues no ha de venir! Hay soltero que ponga esa cara? (*Señalando hácia la puerta segunda de la derecha.*)

DIEGO. A ver? (*Sigue con la vista la indicacion de su compañero.*) Tienes razon! Salgamos. Tome usted mi brazo, señor Baron.

BARON. Con mucho gusto! (*Pasan los tres á la antecámara.*)

BARON. Con que deciamos que su hermana de usted, la bella, la simpática Condesita... (*Vanse los tres por la izquierda del fondo.*)

ESCENA XV.

DON LUIS, *por la puerta segunda de la derecha.*

Ya he cumplido este penoso deber!.. Sin embargo, yo tenia una losa encima de mi corazon, y ya no siento tan grave carga... Ines!.. Ah!.. su mano temblaba al tocar la mia, sus labios pronunciaron el «sí» con amoroso acento, y en sus ojos cuajados de lágrimas, he leido mi perdon... No lo puedo aceptar! Oh! Porqué habré huido de los que me amaban, echandome en brazos de los que me aborrecian? Qué locura! (*Ve á don Pedro, que sale por la puerta segunda de la derecha, trayendo del brazo*

á Ines en trage de boda.) Ah! *(Queda inmóbil á la derecha del proscenio.)*

ESCENA XVI.

Dicho. DON PEDRO. INES.

LUIS Padre... *(Dirigese don Pedro, con Ines, á la izquierda del proscenio.)*

PEDRO. *(A don Luis, dejando un pliego cerrado sobre el velador.)* Toma. *(Se encamina hácia el fondo, llevándose á Ines.)*

LUIS. *(En tono de súplica humilde.)* Señor, mi hijo... Señor, mi esposa... Ines!

INES. *(Soltando el brazo de don Pedro, y corriendo á echarse en los de su esposo.)* Luis!

PEDRO. *(A don Luis, separándole de Ines, antes qne llegue á abrazarla.)* Cuando la merezcas! Cuando hayas expiado tus delitos! *(Vanse don Pedro é Ines por la puerta del fondo, que se cierra detras de ellos.)*

LUIS. *(Con espanto.)* Oh!..

ESCENA XVII.

DON LUIS.

Abandoné á mi esposa y á mi hijo, y cuando quise recobrarlos se levantó un muro entre nosotros. Huí de mi casa y cuando intenté regresar á ella, ví sus puertas cerradas. Justicia divina! Cómo volveré al paraiso perdido? La expiacion! No hay otro camino. Ah! tal vez en ese pliego... *(Se acerca al velador, toma el papel, que dejó don Pedro, y lee para sí, dando muestras de dolor.)* Yo me resigno! *(Coje una pluma y la deja caer con desaliento.)* No tengo valor bastante! Tú, madre mia, cuya memoria ha sido, entre todos los hilos de oro que me unían al cielo el único que mi locura no ha cortado, dame fuerzas para beber este amargo cáliz! *(Toma la pluma, y escribe dos palabras en el pliego.) (Suelta la pluma y levanta los ojos al cielo.)* Gracias, madre mia! *(Suenan golpes en la puerta primera de la derecha.)* Quién llama á esa puerta?

JUAN. *(Dentro.)* Luis? Luis?

LUIS. Esa es la voz de Juan! *(Corre á abrir la puerta.)*

ESCENA XVIII.

Don Luis. Don Juan.

Juan. (*Restregándose los ojos.*) Qué hora es? Dónde está mi novia?

Luis. No me lo preguntes!

Juan. Porqué?

Luis. Toma, lee. (*Entrega el pliego á don Juan.*)

Juan. Qué es esto? (*Leyendo.*) «Digo yo el infrascrito que me obligo á servir por cuatro años en clase de soldado en el ejército de ultramar. Y en fé de ello firmo la presente en Lisboa á tantos, etc. Luis de Apousa.» (*Mira con asombro á su amigo.*) No entiendo!.. Pero qué importa? (*Se acerca precipitadamente al velador, toma una pluma, y escribe por debajo de la firma de Luis.*) «Digo lo mismo...»

Luis. (*Abrazando á don Juan.*) Ah, fénix de los amigos!

Juan. Te seguiré á todas partes!

Luis. Al mar, al mar! Dentro de cuatro años volverémos á nuestro paraiso!

FIN.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION Á CARGO DE D. JOSÉ MAYQUEZ.

En un acto.

Al amanecer, M.
A última hora, M.
Donde las dan las toman, L, y M.
Escenas en Chamberí, M.
El Amor y el almuerzo, M.
El Estreno de un artista, L. y M.
El Lancero, M.
El Vizconde, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cotorra, M.
Los Dos ciegos, M.
Mentir á tiempo, L.

En dos actos.

El Marques de Caravaca, L. y M.
La Cola del diablo, M.

En tres ó mas actos.

Catalina, M.
El Conde de Castralla, L. y M.
El Diablo en el poder, M.
El Esclavo, M.
El Sargento Federico, M.
El Secreto de la Reina, L. y M.
El Sueño de una noche de verano, M.
El Valle de Andorra, M.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L. y M.
Fra-Diavolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cisterna encantada, L. y M.
La Espada de Bernardo, M.
La Giralda, M.
Los Comuneros, M.
Los Diamantes de la Corona, M.
Los Magyares, M.
Los Mosqueteros de la Reina, L. y M.
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.

De las obras que van marcadas con la inicial M, pertenece solo la música á esta Administracion, y las que llevan L y M, corresponden á la misma el libreto y la música.

DRAMAS Y COMEDIAS.

En un acto.

Amores volcánicos.
Suegra, marido y rival.

En tres actos.

¡A escape!
El Ausente en el lugar.
El Ramo de oliva.
El Tejado de vidrio.
Hija y madre.
La Bola de nieve.
La Rica-hembra.
Locura de amor.
¡Por ella!
Virginia.

La Administracion se halla establecida en la plazuela de Santa Ana, núm. 20, cuarto bajo.

OBRAS DRAMATICAS

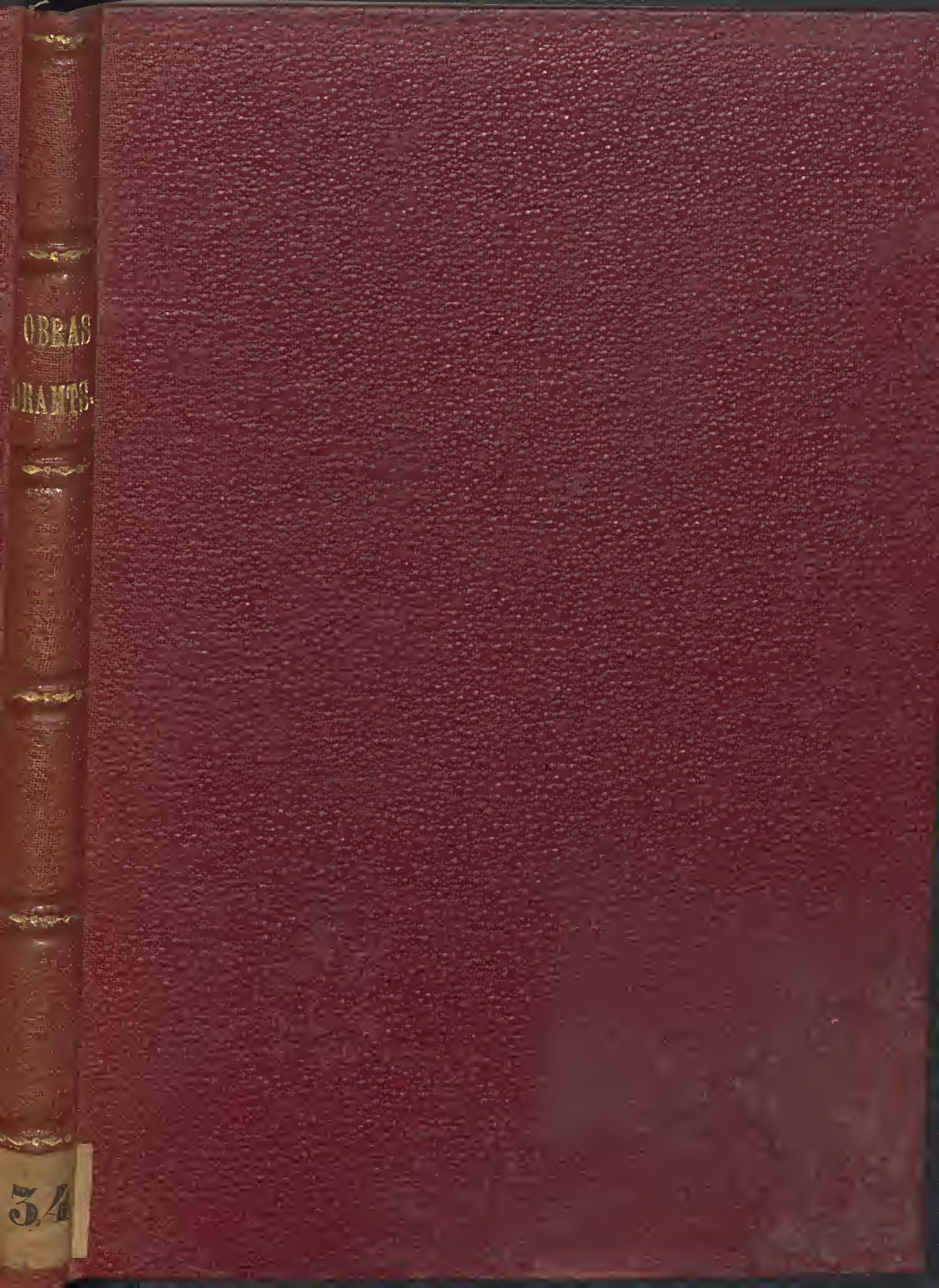
DE DON ENRIQUE DE CISNEROS,

que se hallan de venta en las principales librerías de España y de Ultramar.

JLTIMA CALAVERADA, original, en un acto y en verso.
RICO POR FUERZA, original, en un acto y en verso.
JADRAQUE Y PARIS, original, en cuatro actos y en verso.
UNA DEUDA SAGRADA, traducida del francés, en un acto y en prosa.
UN PAR DE ALHAJAS, original, en un acto y en prosa.
LA LITERA DEL OIDOR, original, en un acto y en verso.
ESPERANZA, original, en dos actos y en prosa.
AMOR ES SUEÑO, original, en cuatro actos y en verso.
EL RAMO DE OLIVA, original, en tres actos y en prosa.
EL PARAISO PERDIDO, original, en tres actos y en prosa.






OBRAS
DRAMTS.
34